

DYLAN MARTINS



DM

NO QUIERO
QUERERTE

No quiero quererte.

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: Diciembre, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1



El despertador sonó de forma imprevista, parecía que hubieran pasado solo dos horas desde que me acosté. Era evidente el cansancio que arrastraba, me faltaban horas de sueños y, sobre todo, un poco más de relax.

Miré a mi mujer Lucía, con la que me casé cinco años atrás, una preciosa estudiante de enfermería que luego cogió su plaza y nos casamos, justo cuando yo cogí mi puesto de Jefe de la policía secreta.

Ella respetaba mi trabajo, sabía que no podía hablar sobre ello, ni siquiera a ella, pero lo llevaba muy bien, confiaba en mí y el respeto era lo que prevalecía en nuestro matrimonio.

Le di un beso en la frente y me despedí como cada día, no sin antes prepararme un café para llevarlo en el coche y tomarlo mientras conducía hacia mi trabajo.

Estaba dentro de un caso para llegar a los cabecillas de un clan de narcotraficantes, mi objetivo era “Popeye”, así se apodaba el jefe de ellos y el que tenía la primera palabra... y la última para todo. Después de dos años intensos de trabajo, ya le estábamos estrechando el cerco.

Mi hermano Sergio me llamó justo entrando en mi despacho, le apetecía quedar esa noche para cenar y tomar una copa, aprovechando que era viernes y al día siguiente no trabajábamos.

Tenía tres años menos que yo, era profesor en un instituto. Tres años menor que yo y estaba soltero, aún vivía con nuestros padres.

De vez en cuando quedaba con él, sabía que Lucía estaba de guardia esa noche, por eso aprovechó para animarme, por supuesto acepté, me encantaba charlar con él, mi único hermano.

La mañana transcurrió rápidamente, estábamos con el tema de unas llamadas pinchadas que estuvimos analizando todo el tiempo.

Salí del trabajo hacia un restaurante que había frente al hospital, los días de guardia de Lucía solía comer allí con ella en su rato libre.

—Buenas tardes. Estás guapísima —dije al verla con su bata blanca.

—Hola, mi vida. Estoy agotada y aún me queda toda la tarde y noche.

—Bueno, piensa en los tres días libres de después.

—Los pasaré durmiendo — bromeó—. ¿Tienes que ir el fin de semana por el trabajo?

—No, ya no vuelvo hasta el lunes, a no ser que me llamen porque haya algo urgente —sonreí—. Esta noche he quedado con Sergio para cenar y tomar algo.

—¡Qué asco! —soltó una risa —Esas cosas no me la deberías de decir cuando me quedan tantas horas aquí.

—El lunes yo trabajaré y tú estarás durmiendo plácidamente.

—Dale saludos a mi cuñado.

—Por supuesto —hice un guiño.

—Estoy deseando que llegue Julio y coger las vacaciones —puso los ojos en blanco.

—Solo faltan dos meses —reí.

—Toda una eternidad es eso...

—Venga Lucía, eso pasa corriendo, cuando menos nos demos cuenta estamos en cualquier parte, tirados en una hamaca. Por cierto, deberías de ir mirando algo.

—Lo iré mirando. ¿Dónde te apetece?

—Sol, hamaca, relax, playa, todo por delante —puso cara de placer solo de imaginarlo.

—¿Algo de Caribe?

—No, algo más exótico, menos concurrido...

—Cariño, en pleno julio está todo masificado —sonreí.

—Pues cómprame una isla —me sacó la lengua.

—No tengo el dinero para hacerlo —me encogí de hombros—. tengo un sueldo, no una herencia —solté una carcajada.

—Da igual, contigo debajo de un puente soy feliz...

—Te quiero...

—Yo también, cariño —dijo acariciando mi mano.

Tras la comida nos despedimos hasta el día siguiente en el que la esperaba con el café cuando llegara.

Me fui hacia la casa y me tumbé un rato en el sofá, me quedé dormido hasta las ocho, me duché rápido y me preparé, a las nueve tenía tocando la puerta a Sergio, venía a recogerme.

—Lucía te manda saludos —dije montándome en el coche.

—Grande mi cuñada, a ver si vengo el domingo a verla.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, esta juventud es la hostia, no es tan mala como parece, o será que tuve mucha suerte con mi alumnado, pero tengo unas clases estupendas con ellos.

—Difícil, sí, en la época que corre...

—Lo difícil es encontrar una mujer como la tuya, me tienes que ayudar, a mí me huyen...

—No seas capullo, nadie te huye, eres tú el causante de hacerlas salir por patas —negué con la cabeza.

—Pero si soy un amor —puso los ojos en blanco.

—Anda, mira para adelante que no quiero dejar a Lucía viuda.

—Si se quedara viuda.... Ummm...

—No me seas cabrón, a mi mujer ni me la toques —reí.

—¿Con quién mejor que conmigo?

—¡¡¡Sergio!!!

—Hermano, yo te la cuidaría...

—Resucito, me levanto y te harto a hostias —dijo bajando del coche.

—¿¿¿Celoso de tu hermano menor???

—No vayas por ahí que tres años no son nada, lo tuyo es vivir en una eterna juventud que no te corresponde.

—Yo me considero un hombre hecho y derecho —sonrió sentándose en la mesa que nos tenían reservada.

—Pues a ver cuándo te independizas, que vas a terminar de pagar la hipoteca y no vas a estrenar el piso.

—¿Yo independizarme? Ese piso es para cuando me case, ahora mismo estoy bien con mis papis —dijo sonriendo irónicamente—. les doy cariño y compañía.

—Tienes un morro que te lo pisas —negué con la cabeza.

Estuvimos charlando y bromeando toda la cena y de ahí nos fuimos para una zona cerca de mi casa donde había un pub irlandés que se animaba bastante los fines de semana, así aprovechábamos para aparcar por mi zona y no tener que conducir luego, se podía quedar en mi casa o coger un taxi y volver al día siguiente a por el coche, según por donde le diera al final de la noche.

Nos pusimos en uno de los barriles que había por dentro del local, la música sonaba sin ser excesivamente alta, se podía charlar cómodamente.

—¡Sergio! —dijo una voz femenina.

—Hola, Sandra —dijo mi hermano dándole dos besos a una de las dos chicas.

—Ella es mi hermana Abigail, la que te comenté que era veterinaria. Vamos, hace tres años que te lo conté, el tiempo que debe de hacer que no

coincidimos.

—¡Claro! Hola, yo soy Sergio —dijo dándole dos besos—. Él es mi hermano Samuel.

Saludé a las chicas con dos besos, mi hermano las invitó rápidamente a tomar algo.

Mi hermano comenzó a charlar con Sandra, como si no estuviéramos allí, Abigail lo vio así, me sonrió y se encogió de brazos.

—¿Eres de Málaga?

—Sí. ¿No se nota? —sonrió apretando los dientes.

—No lo sé, aún no me dio lugar a saberlo, pero era por romper el hielo —arqueé los labios.

—Nos han dado una patada en el culo —se echó a reír.

—Más o menos —esboqué una sonrisa.

—¿Eres del centro?

—Vivo por aquí cerca —sonreí.

—Yo vivo cerca de la Victoria, por allí tengo mi clínica veterinaria.

—¿Tuya? Se te ve muy jovencita.

—Tengo veintinueve años. ¿Y tú?

—Treinta y cinco —puse cara de resignación.

—No eres tan viejo —dijo entrecortada.

—No, pero ya voy para los cuarenta.

—¡Qué exagerado! ¿En qué trabajas? —hizo la pregunta del millón.

—De seguridad privada —mentí como siempre.

—¿Seguridad en los sitios?

—Seguridad privada para gente —sonreí.

—Ahhh —dijo sin entender ni media.

—¿Desde cuándo tienes la clínica?

—Hace tres años, mis padres me pusieron todo para comenzar.

—Benditos padres, no sé qué haríamos sin ellos.

Un rato después ya estábamos hablando de películas, libros, viajes y un sinfín de cosas. Abigail era muy simpática, prudente y educada, además de tener una belleza arrolladora, una morena preciosa de pelo largo y liso, con unos rasgos de lo más dulce. Vestida perfectamente, tenía algo especial.

—Me recuerdas a un actor de cine —dijo riendo.

—A ver —puse cara de resignación, sabía a quién me iba a decir.

—Ashton Kutcher —sonrió.

—Sin dudas, debo parecerme mucho porque todos me lo dicen.

—Podrías ser su doble.

—Si me lo pagan bien —reí.

Cuando me di cuenta ya eran las cuatro de la madrugada y seguía charlando, el local ya cerraba y nos invitaron educadamente a irnos, así que nos despedimos de ellas y nos fuimos.

—Me preguntó si estabas soltero —dijo riendo—. le dije que sí, te vi charlando con su hermana tan animadamente que no quise meter la pata.

—Eres tonto desde que naciste —negué con la cabeza.

—Y tú... ¿Le dijiste que estabas casado?

—No surgió el tema —sonreí.

—En cuatro horas te debió de dar tiempo.... Por cierto —dijo parando un taxi—. prefiero dormir en casa, mañana vendré a por el coche —dijo montándose.

Entré a casa y me fumé un cigarro en el balcón, era una noche de mayo perfecta, además necesitaba fumarlo tranquilamente. Por la mañana quería despertar antes de que llegara Lucía, se merecía que la esperase con el desayuno y siempre intentaba hacerlo.

Capítulo 2



El despertador sonó tres horas después, aún me notaba el sabor del ron en los labios.

Me di una ducha, me lavé los dientes y me fui a la cocina a preparar el desayuno, Lucía debía estar al llegar.

Las llaves sonaron intentando abrir la puerta y salí al pasillo a recibirla, como siempre, colmándola de mimos y besos.

—Ya te tengo el desayuno —dije quitándole el bolso del hombro y colocándolo en el perchero.

—Gracias, amor. ¿A qué hora llegaste?

—A las cuatro y poco —sonreí.

—¿Y me recibes con esa sonrisa? ¡Si es que tengo que quererte! —me apretujó la cara con sus manos y me dio un beso fuerte.

—Y si me hubiera recogido hace una hora te hubiera esperado igual —hice un guiño.

—¿Cómo lo pasasteis?

—Bien, en plan tranquilo, una cena y pub irlandés, poco más. Sergio coincidió con una amiga que estaba con su hermana y tomaron unas copas con nosotros.

—¿Ligaste? —me señaló con el cuchillo que usaba para la mantequilla.

—Sabes que no me importa nadie que no sea tú —arqueé la ceja.

—Está bien, te creo —me tiró un beso—. Ahora me voy a acostar hasta la hora de comer, si quieres podemos por la noche salir a cenar y tomar algo.

—Yo dormiré la siesta, ahora iré a la plaza a comprar verduras y carne fresca, quiero hacer para comer un guiso. Por la noche podemos hacer eso,

claro.

Lucía terminó de desayunar y la acompañé a la cama, no sin antes jugar con su provocador y sensual cuerpo, la dejé relajada, con esa sonrisa que me volvía loco.

Salí al mercado principal de la ciudad, me encantaba tomar un café en la entrada y luego deambular por las calles comprando verdura, frutas, carne, pescado, especies...

Metí el coche en el parking y subí a la entrada del mercado, donde me apoyé en una barra y pedí un café.

—¿¿¿Samuel???

—Hola, Abigail. ¡Qué sorpresa! —dije incrédulo al tenerla delante.
¿Quieres un café?

—Claro —sonrió—. ¿Qué haces por aquí?

—Pues a comprar la frescura que en los supermercados no se consigue —miré al camarero—. un café para ella, por favor.

—Con mucha leche —irrumpió—. Así que vienes de compras. ¿Cocinas?

—Sí, hago lo que puedo, pero me defiendo —hice una mueca.

—Yo vivo con mis padres, así que me cocinan ellos —puso los ojos en blanco—. ahora me mandaron con una lista a hacerle la compra antes de irme a trabajar.

—Qué suerte tienes —sonreí.

—¿Vives solo? —mierda, la pregunta del millón.

—Sí —mentí como un canalla y no entendía por qué lo hacía, no tenía que ocultar que estaba casado.

—Hombre independiente...

—Bueno, tengo mis años —puse cara de resignación.

—Lo mismo que insinuaste anoche —me sacó la lengua y se le puso una entrañable cara que daban ganas de achuchar.

Charlamos un rato y entramos juntos al mercado, charlando, comprando y bromeando, era muy simpática.

Al despedirnos me ofreció su teléfono para tomar un café otro día, lo apunté y le dije que la contactaría, no le di el mío, tampoco me lo pidió, seguramente esperaba que se lo diera, pero no dijo nada.

Me fui para casa y comencé a preparar la comida, no se me quitaba de la cabeza Abigail, me sentía culpable de nada, pero tenía una sensación extraña en mi cuerpo.

Quería quitármela de la cabeza y no podía, me estaba empezando a agobiar, no sabía que me pasaba, yo era feliz con Lucía, la amaba, la veía la mejor mujer del mundo, no podía sacarle un fallo, jamás pensé nada con nadie, ni con Abigail, eso era una barbaridad, pero era tan extraña esta sensación que me faltaba el aire.

—Huele que alimenta —Lucía apareció sonriente por la cocina.

—Ven, preciosa —dije pegándola contra mí y besándola continuamente.

—Tengo un hambre que me muero —dijo mordiéndose el labio y guiñando el ojo.

—Ahora mismo sirvo los platos —le di una palmada en el culo y le señalé que se sentara en la mesa.

—Estaba pensando que podríamos ir a Ronda, cenamos y salimos de copas por allí, podemos llamar al hotel de siempre a ver si tienen habitación para esta noche.

—No es mala idea... Pero para un solo día... Como tienes el lunes libre, puedo hacer alguna llamada, algún cambio... Si te apetece pasar algo más de tiempo allí.

—¡Sí!

—Pues ahora llamo —le guiñé un ojo.

Puse los dos platos de la carne con papas guisadas y mientras la movía

llamé para conseguir el lunes libre y al tener el sí, llamé al hotel, y también estábamos de suerte, nos daban habitación.

Comimos y preparamos una pequeña bolsa de viaje cada uno, cogimos con el coche rumbo a Ronda.

Lucía era muy sensual, con un cuerpo delgado pero contorneado, alta y muy elegante, siempre iba perfectamente vestida, era impecable con su vestuario, su atractivo saltaba a la vista, lo contrario de Abigail, que no se me quitaba de la cabeza, era muy entrañable y dulce.

Evité pensar en ella, subí la radio y comencé a cantar, llevábamos media hora de camino y nos quedaba media hora más para llegar.

Nos encantaba Ronda, ya se nos dibujó una sonrisa cuando llegamos al hotel, un precioso mirador con vistas al Puente Nuevo y al Río Tajo.

Capítulo 3



Domingo. En Ronda. Y con un buen par de días por delante para disfrutar.

La tarde anterior mientras que nos hospedamos y cenamos, ya se nos hizo bastante tarde. Lucía, pobre, no podía con su cuerpo, tras una ducha rápida se quedó completamente dormida en la cama y yo no tuve valor para despertarla por nada del mundo. Debía estar más que agotada. Así que olvidé lo de irnos de copas, me puse mis auriculares, mi iPad y Netflix, preparado para ver una película. Película que no vi porque también me dormí rápidamente.

Me había despertado esa mañana con los auriculares aún puestos, el iPad con la funda quitada y aún encima de mi pecho. Más que dormirme, había caído en coma que ni cuenta me di en toda la noche de ello.

Deshaciéndome de todo eso, me acurruqué contra mi mujer que estaba de espaldas a mí. El simple contacto de su trasero en mi entrepierna ya me puso enfermo. Le besé el cuello y sonreí al oír cómo ronroneaba.

—Tengo mucho sueño... —dijo con voz ronca, tomada aún por el sueño.

—Es hora de levantarse —eran poco más de las nueve de la mañana, habíamos dormido bastante.

—Pero déjame un poquito más...

—No, tengo hambre, y como no levantes ese cuerpo sexy de la cama, a quien me voy a comer es a ti —le di un pequeño mordisco en el cuello y mi erección se puso más dura aún. Tenía que desahogarme antes de salir de la cama o iba a estar todo el día con eso morado.

Se giró entre mis brazos y se acurrucó con mi cuerpo, su cara escondida en el hueco de mi cuello, me besó ahí y yo reaccioné instintivamente. Puse mis manos en su trasero y la pegué por completo a mí, haciéndonos gemir a los

dos.

—Creo que el desayuno voy a ser yo —dijo con voz sensual.

No lo dudé ni un segundo, ya estaba que me iba a dar algo. Comencé a besarla y dejé fluir todo el deseo que tenía. La hice mía, haciéndola suspirar de placer. Sonriendo cuando emitía esos pequeños gritos cuando todo era demasiado intenso para ella, cuando estaba cerca de estallar en mil pedazos. Y yo no tardé mucho más en terminar, con la respiración agitada y mi cuerpo completamente relajado, aliviado por acabar dentro de ella.

La abracé y la acaricié hasta que nuestras respiraciones se normalizaron. El sexo con Lucía siempre había sido muy bueno. Nunca tuve quejas, ni porque fuera demasiado tradicional. A veces probábamos otras cosas, pero en general no era algo que nos preocupara. Y aunque yo a veces pensara en innovar, la verdad era que me daba lo mismo.

Con ella siempre terminaba saciado, con ella siempre tenía ganas de más.

—Vamos, hora de levantarse —le di un cachete en el culo y la hice moverse y levantarse porque si no lo hacía, no íbamos a salir de la cama en todo lo que nos quedaba de día, que era bastante.

Tomamos una ducha rápida, nos vestimos y salimos a desayunar, aunque en el lugar donde nos hospedábamos podíamos comer, preferíamos, siempre que viajábamos, hacerlo fuera, en las calles del lugar donde estuviéramos, nos hacía sentirnos más libres.

No era la primera vez que estábamos en Ronda, así que más o menos teníamos los sitios elegidos. Entramos en una pequeña cafetería donde servían unos pasteles riquísimos que a Lucía le encantaban y pedimos un desayuno digno de un rey.

—No veo la hora de coger vacaciones —dijo ella tras gemir al darle el primer bocado a un pedazo de pastel de crema de queso que le encantaba.

—Este año has echado demasiadas horas —bebí de mi café, a ese paso iba

a pedir ya el segundo.

—Bueno, ya sabes cómo están las cosas en la sanidad. Nos hace falta personal.

—Te jubilarás y seguirán las cosas igual.

—O peor... —suspiró— Pero bueno, me gusta mi trabajo, también lo sabes. Demasiadas horas, pero...

—Ve pensando en las vacaciones que nos vamos a tomar, siempre ayuda —sonreí.

—Ya, eso si tu trabajo te lo permite. Y ya que estamos aquí, con tiempo, cuéntame. ¿Qué tal Sergio?

—Como siempre, ya sabes. Echándote los tejos.

—¿Y eso? —rio.

—Nada, que la otra noche le dio por matarme antes de tiempo y me decía que me podía ir en paz que él cuidaría de ti —puse los ojos en blanco pero acabé riendo también. No me molestaban esos comentarios de mi hermano, sabía que lo hacía con la mejor intención del mundo.

—La verdad es que sé que me cuidaría —dijo ella pensativa.

—No y tan bien que lo haría —dije irónicamente—. Vuelvo del más allá y me lo llevo conmigo.

—Exagerado —rio por mi tono ante los supuestos celos—. Es un buen chico, pero demasiado centrado en su trabajo.

—Así estamos todos —le recordé.

—Sí, eso es verdad.

—Y tampoco es que mi hermano sea un monje, otra cosa es que tú no te enteres de la misa la mitad.

—Vaya... ¿Es que no me cuentas todo?

—Te escandalizarías...

—¿De Sergio? Me espero lo que sea, nunca cambiará. Pero ya en serio,

espero que encuentra a alguien, le vendría muy bien.

—Sabes que desde la última, no es que tenga muchas ganas de enamorarse.

—Lo sé, amor, pero una mala experiencia la tiene cualquiera. Y tampoco fue tan grave, no sé...

—Que te pongas los cuernos siempre es grave.

—Ya, sí, pero es el pan de cada día. La gente prefiere hacerlo por detrás, sin pensar en que es mejor decir las cosas de una vez. Mira, lo nuestro no funciona o me interesa otra persona. Pero no, van, engañan... La lealtad es algo que se perdió hace mucho tiempo.

—Sí —concordé con ella y en ese momento, sin poder evitarlo, se me vino a la mente una cara dulce que había conocido hacía poco. Abigail...

—Menos mal que entre nosotros hay confianza para eso, ahí tenemos mucho ganado.

Bebí de mi café y no dije nada. Entre Lucía y yo, como ella bien decía, siempre había existido una confianza plena, ambos decíamos que si en cualquier momento algo fallaba, nos lo contaríamos.

Y ahí estaba yo, pensando en otro rostro al que solo había visto un par de veces y ocultándoselo a mi mujer. Claro que no era ocultarle nada porque nada había pasado, ¿no? Pero también podía decirle...

¿Decirle qué?, pensé, regañándome mentalmente. Solo era una mujer que me había llamado la atención, nada más. Pero de ahí a mucho más...

—Samuel...

—¿Sí? —volví a la realidad y la miré.

—Que te he llamado tres veces, ¿estás bien?

—Sí, perdona, estaba pensando...

—En trabajo, seguro —puso los ojos en blanco y yo le saqué la lengua, mejor que pensara eso a otra cosa.

—Tenías que haberte casado con un cirujano.

—¿Un cirujano? Ni de coña, con lo pretenciosos que son —resopló.

—¿Un médico de cabecera entonces?

—No, se pasaría el día recetando paracetamol.

—Mmm... —me divertía esos momentos con ella— Pues casarte con un policía tampoco es que sea de lo mejor.

—Tú eres el mejor —me cogió la mano por encima de la mesa y sonrió con dulzura—. Es a ti a quien quiero, así que... Me aguantaré con esa profesión tuya toda la vida.

Me levanté para besarla, la quería y siempre era demasiado comprensiva. De Lucía no podía quejarme. Era una mujer fuerte, independiente, con su carrera profesional que le encantaba y no era de esas que siempre tenía que saber todo, respetaba mis silencios, las cosas que no le decía porque mi trabajo no me lo permitía y la verdad era que nunca había dudado de mí. Y era algo por lo que le estaba muy agradecido.

Pero en ese momento, todo eso me dolió un poco. Me sentía como si le estuviera ocultando algo por haber conocido a otra a la que no le dije que estaba casado. Tal vez solo una idiotez, pero había pensado en ella más de una vez.

Sin embargo, me lo quedaría para mí. Esa extraña sensación de culpabilidad que estaba sintiendo y que no entendía, desaparecería.

Desayunamos entre risas, hablando de mi hermano y de las diversas formas en las que él y yo solíamos fastidiarnos el uno al otro. Cogidos de la mano, caminamos por el pueblo, dispuestos a pasar un día de relax que finalmente se convirtió en acompañar a mi mujer de compras y a yo terminar casi desquiciado porque se paraba en todos los escaparates. En lugares así, daba igual si era domingo o no, lleno siempre de turistas, la mayoría de los comercios abrían y mi mujer no perdía la ocasión de aprovechar para comprar

algunos trapitos, como ella decía...

Cuando esa tarde llegamos a la habitación, íbamos cargados de bolsas y con un dolor de pies impresionantes.

—¿No habíamos venido para relajarnos? —pregunté dejando todas las bolsas que llevaba encima de la cama.

—Por eso fuimos de compras.

—Espera porque no lo entiendo...

—Ir de compras relaja —dijo tan tranquila.

Me dejé caer de espaldas en la cama.

—No, te aseguro que no relaja —suspiré.

—Deberías de probar el efecto: darle a la Visa cuando estés estresado, te aseguro que te cambia el humor —rio y yo tuve que reírme también. Siempre me decía lo mismo, siempre hacía lo mismo. Fuera donde fuera con ella, volvíamos cargados de ropa nueva. Menos alguna prenda que era para mí porque ella medio me obligaba a comprarme, lo demás era todo para ella.

—Por mí como si te fundes la Visa cada mes, sabes que me da igual. Pero el armario no dice lo mismo —dije pensando en que ese lugar donde guardaba todo, estaba ya para explotar. No cabría ni un pañuelo—. Al final voy a tener que llevarme mi ropa al del cuarto de invitados.

—La verdad es que había estado pensando en eso...

—Oh, no, eso no me suena bien —me reí, cuando ella pensaba, miedo me daba.

—A ver, amor. El armario que tenemos es pequeño... —se tumbó a mi lado y yo sabía que quería hacerme la pelota.

—No, pequeño no es, es tamaño normal. El problema es que es pequeño para quien tiene un fondo de armario como el tuyo.

—Bueno, lo que sea —cuando no le interesaba o me tenía que dar la razón, empleaba esa expresión—. La cuestión es que no me cabe la ropa.

—Pues deja de comprar...

—No quiero, me gusta la ropa.

—Sé que te gusta, pero tienes demasiada.

—Nunca es demasiada para una mujer. Entonces, como te decía. Tengo también ropa en el armario de invitados...

—Lo tienes todo lleno de ropa, sí.

—Lo que sea —dijo otra vez, pasando de mí.

—No necesitamos un ropero nuevo —sabía de más qué quería y con el que teníamos estábamos bien, solo tenía que dejar de comprar ropa.

—Lo necesitamos, amor.

—Lucía, que compremos el más grande que vimos.

—Claro, pero ese es el problema. Que lo compremos...

—No te pillo...

—A ver, mi compañero, el chico nuevo que está en prácticas, trabaja en la empresa de su padre como montador de muebles. Entonces pensé en que, quizás, en vez de comprarnos uno nuevo, podemos decirle que nos hagan uno empotrado, a medida. Sería más amplio, hasta con altillos donde meter cosas...

—Y poder seguir comprando... —reí.

—Ay, amor, es mi único vicio —me puso un puchero.

La cogí y la tumbé sobre mi cuerpo. Su cara entre mis manos y la besé, terminando con esa mueca que me estaba empezando a excitar.

—Si lo quieres, no tienes que preguntarme y lo sabes —le dije entre besos.

—Lo sé, pero me gusta consultarte las cosas, la casa es de los dos.

—Ya lo sé, pero no necesitas hacerlo. Haz lo que quieras, lo sabes. Pero me prometes que te vas a controlar un poco con la ropa.

—Bueno, lo que sea...

—No, lo que sea no, Lucía, mi promesa...

—Está bien —sonrió y me besó antes de hacer su particular promesa—. Prometo controlarme con la Visa.

—Eso no es lo que espero que prometas.

—Promesas, promesas —ronroneó besándome, restregándose con mi cuerpo, poniéndome cardíaco para que olvidara ese tema de una vez y me centrara en ella.

Y, como siempre ocurría, funcionó. Ya solo podía pensar en hacerle el amor y en nada más.

Ya en la cama, ella leyendo, cogí mi móvil. No lo había mirado en todo el día y tenía decenas de mensajes. Miré por encima e ignoré a la mayoría, excepto el de Sergio, preguntándome dónde estaba. Le conté un poco y nos escribimos un rato, prometiéndole llamarlo cuando ya estuviera en casa. Él tenía exámenes que corregir ese fin de semana, así que lo pasaría en casa. Ya me veía a mi madre dándole una patada en el culo para que saliera a tomar un poco el aire porque cuando ese chico se centraba en algo de su trabajo, se olvidaba hasta de respirar.

Y fue ahí cuando la vi. Su foto. Agregada a mi WhatsApp.

Y en ese momento me puse hasta nervioso. Esa chica tenía algo que me llamaba demasiado la atención y ahí estaba yo, con mi mujer al lado, a quien quería, mirando la foto de otra y sintiendo algo extraño.

Le di a la foto para ampliarla, mirando antes que mi mujer no pudiera ver la pantalla del móvil y la observé mejor. La verdad es que era preciosa. Con una dulzura que no había visto nunca en una mujer. Tenía algo, sí y yo no entendía por qué me hacía sentir tan extraño.

Incluso, por un momento, se me cruzó por la cabeza la idea de escribirle, pero la deseché rápidamente.

Vi por el rabillo del ojo cómo Lucía dejaba el libro electrónico encima de la mesilla de noche para acostarse.

—¿Te vas a dormir ya?

—Sí, amor, tengo sueño. ¿Tú no?

—No... Pero no te preocupes, yo me quedo viendo una serie o algo.

—¿Seguro? Si quieres me quedo contigo.

—No, duerme —le di un beso en la cabeza—. Voy a aprovechar para bajar a la cafetería y comprar algo de beber antes de que cierren el servicio y vengo y me quedo viendo algo.

—Vale, buenas noches —me besó y se acomodó.

—Descansa, preciosa —le di otro beso y me levanté de la cama.

Me puse algo de ropa y bajé por una botella de agua y una lata de cerveza, se me había antojado. Cuando volví a la habitación, ya Lucía dormía profundamente. Con mi cerveza en la mano, me senté en el balcón y encendí un cigarrillo. Y volví a coger el móvil, desbloqueándolo y mirando cómo lo que me salía era la foto de Abigail.

Le hice una captura de pantalla, así sería más fácil verla.

Suspiré y seguí bebiendo, no sé cuánto tiempo pasé allí, con el aire de la noche mirando esa foto, ni por qué demonios estaba haciendo eso, pero así estaba.

Enfadado conmigo mismo, me acosté. No debería de mirar esa foto, no debería de pensar en ella. Era un hombre casado, felizmente casado además. Lucía era una gran mujer, la quería, así que... ¿Qué me estaba pasando?

Quizás solo era una tontería, se me pasaría con los días. Sí, debía de ser eso, pensé antes de cerrar los ojos y suspirar porque la imagen de Abigail se había quedado grabada en mi memoria, siendo lo último que vi antes de poder dormirme.

El lunes nos levantamos pronto, no eran ni las ocho de la mañana. Paseamos un poco por el pueblo, hicimos algunas fotos y tuve que volver a cargar con un par de bolsas de cosas, cómo no, mi mujer no cambiaba. Menos

aún con ya todo tipo de tiendas abierto.

Tras tapear en un sitio que ya conocíamos y donde se comía muy bien, recogimos las cosas de la habitación y nos montamos en el coche de vuelta a casa. El camino siempre era algo pesado por la cantidad de curvas que tenía, pero lo hicimos bien, los dos entretenidos, contando anécdotas de nuestras vidas que siempre nos hacían reír.

Llegamos a casa con tiempo de deshacer las maletas y preparar algo de cenar.

—No me creo que no te hayan molestado en estos días —sonrió Lucía.

—Espera, que aún no se terminó el día —bufé, eso era lo malo de mi trabajo, en cualquier momento podía salir por patas, como solía decirse.

—No creo —rio—. Últimamente se están portando bien.

—La verdad es que sí —en eso tenía razón, me sentía menos estresado, pero solo eran épocas que duraban algunos días, sabía que era el inicio del caos. No tardaría nada en que mi trabajo me volviera completamente loco, así que disfrutaba al máximo, siempre, de todo mi tiempo libre—. ¿Tú a qué hora entras mañana?

—En el primer turno y quizás doble porque el chico nuevo, el que nos va a hacer lo del armario —hizo hincapié ahí—, necesitaba cambiar el suyo.

—Y tú, cómo no, te ofreciste.

—Ya sabes que soy buena persona —me sacó la lengua—. Además, todo sea por las vacaciones que nos vamos a tirar.

—Las que tenemos que planear ya —le recordé.

—Sí, esta semana lo hablamos. Me voy a dormir —se levantó y me dio un beso—. Te espero allí.

—No tardaré —prometí, cogí mi copa de vino y bebí mientras la veía desaparecer.

El móvil sonó con un mensaje y me acordé de que tenía que llamar a mi

hermano, así que lo hice y charlé un poco con él. Al colgar, la cara de Abigail se me vino de nuevo a la mente y, sin poder evitarlo, entré en galería, capturas de pantalla y ahí estaba su foto.

La miré con detenimiento mientras me bebía el vino y suspiré finalmente. No sabía qué me estaba pasando, pero sí tenía claro que iba a ser un problema.

Y de los gordos, además.

Capítulo 4



Incorporarme al trabajo de nuevo tras tres días de desconexión...

Pilas recargadas y mirando las novedades del caso “Popeye”, ese que nos traía a todo el departamento por la calle de la amargura. A ese cabrón lo tenía que ver entre rejas, demasiado tiempo riéndose de nosotros.

De nuevo me venía a la cabeza la imagen de Abigail, luego la de Lucía y luego los remordimientos...

—Samuel, esta noche vamos a por él —dijo mi compañero Adrián poniéndose frente a mí, apoyado en mi mesa. Su cara era de decisión y sed de atraparlo.

Eso de vamos a por él me despejó todo los pensamientos que se me habían mezclado en esos momentos con Abigail.

—Estaba revisando todo, veo que estamos pisándole los talones. ¿Estáis seguro de que será hoy? —pregunté convencido de que así sería si ya me lo había comunicado tan decididamente. Me rasqué la barbilla, algo me causaba inseguridad.

— Esta noche va a estar en la finca “Los Girasoles”, lo escuchamos en uno de los micrófonos que pusimos en la nave, llega un cargamento de hachís de

Marruecos de gran valor, van a meterlo por Barbate, lo llevarán a la finca y él estará allí esperando para ordenar su distribución rápidamente, es nuestra oportunidad, otra como esta será difícil.

— Entonces no vamos a intervenir en la playa, por lo que deduzco, actuaremos directamente en la finca. ¿Es así? —pregunté aun sabiendo que lo había entendido perfectamente.

— En la playa estarán dos grupos controlando todo los movimientos por si hay algún cambio de última hora, pero nosotros intervendremos una vez que esté todo el cargamento en la nave, no nos la podemos jugar.

— Vale. Nosotros nos iremos directo para la finca —dije poniéndome ya en situación. Una noche muy esperada, deseada y perseguida.

— Ya tenemos todo organizado, en una hora hemos puesto la reunión y ya nos quedamos todos aquí hasta que comience la operación.

— Vale. Voy a desayunar, con tanta información necesito un poco de cafeína en vena. ¿Vienes? —mi pregunta buscaba una negación por su parte, en el fondo necesitaba despejarme un rato a solas.

— Esta mañana me levanté muy temprano y me metí ya un buen desayuno, llevo tres cafés y no quiero terminar cogiendo por el cuello a nadie —sus ojos se pusieron en blanco—. Gracias —sonrió—. Además, quiero controlar todas las escuchas, cualquier cambio, ya sabes...

— Tranquilo, vuelvo en un rato, voy afuera de las instalaciones, quiero una

terraza y desayunar al aire libre, necesito coger fuerzas antes de comenzar a concentrarme para la que se nos viene —encogí el rostro.

— Sin problemas —me dio una palmada en el hombro.

Me fui a una pastelería que tenía una terraza, estaba muy cerca de las instalaciones, así que me senté allí y me pedí un desayuno completo. Estaba muerto de hambre.

No me esperaba volver y encontrarme con que íbamos a proceder a esto que llevábamos tanto tiempo esperando, había sido toda una sorpresa y entendí que no me quisieran comunicar nada los que estaban preparándola, era nuestra forma de actuar y era mejor no andar pasando información a los que estábamos días atrás sin trabajar, como había sido mi caso.

Llamé a Lucía para decirle que no sabía a qué hora volvería, de madrugada seguro, cuando la avisaba así, ella sabía que no podía contar conmigo hasta que apareciera.

Me entró un WhatsApp de mi hermano, una chorrada de esas que me mandaba de risas, solté una carcajada mirando al móvil, no tenía remedio.

Me acordé de Abigail y volví a mirar su foto, para mi sorpresa la había cambiado, además del estado.

“Y conocí a mi príncipe azul y desapareció como Cenicienta...”

Y la foto actualizada era una que yo le hice esa noche en el pub, ella me la

pidió, con su copa y sacando la lengua. ¿Sería un mensaje para mí?

¿Sería yo su príncipe azul? No, no podía ser, no debería ni siquiera pensar que ese mensaje era para mí.

Estaba preciosa, su cara tan dulce le producía toda una belleza natural. Intenté sacarla de mi cabeza, Lucía, mi mujer, mi compañera de viaje, la que escogí para que me acompañara hasta el fin de mis días, la que consideraba el amor de mi vida. No podía fallarle ni con pensamientos, no podía ser tan canalla de hacer algo así. Jamás me había sucedido algo de esta manera y no iba a permitir que nada se interpusiera entre nosotros.

Tenía la sensación de estar fallando a Lucía, como si algo en mí me advirtiera de que no estaban bien esos pensamientos, eso me producía falta de aire, volví a mirar la foto de Abigail e hice un intento de borrarla de mi teléfono para siempre, pero no, no me atreví, cobarde de mí...

Un rato después volví a las dependencias, quería quitarme de la cabeza todos esos pensamientos y malestares que se producían en mi cuerpo, además tenía que concentrarme en la intervención que se nos venía encima en las siguientes horas.

El día iba a ser largo y necesitaba estar a tope, revisé todo un rato antes de la primera reunión.

La oficina era un caos, un grupo preparando las posiciones, otro las escuchas, otro los materiales, la cosa pintaba que se ponía todo muy feo, era la mayor entrada de hachís que se había podido descubrir en los últimos años, teníamos

que incautarla como fuera y pillar al “Popeye” con ese marrón por el que le caerían bastantes años de prisión.

La tarde pasó entre tanto revuelo, reuniones y preparación para el momento, ya había dos equipos vigilando desde su posición en la zona por la que entraría el cargamento en las lanchas, otros ya estaban rodeando la zona de la finca “Los Girasoles”.

Dos horas después nos avisaron de que ya estaban los hombres del “Popeye” allí, en la zona, esperando las lanchas, así que nos fuimos con todos los equipos para acordonar y posicionarnos por la zona de la finca.

Una vez en posición y vigilando a lo lejos la finca, pudimos comprobar que entraban coches de alta gama, además de una seguridad digna de película, ese tipo estaba bien escoltado y protegido para que nadie pudiera atraparlo ni hacerle nada.

— Equipo de zona A, para equipo de zona B —escuché por los auriculares.

— Adelante, equipo de zona A —dije esperando las indicaciones del grupo de la playa.

—Seis coches con varios objetivos y el cargamento se dirigen a la zona.

Nos miramos mi compañero Adrián y yo. Ya estábamos todos en posición y un grupo especializado a punto para entrar seguidamente en la finca tal como entrarán los coches.

Los nervios se notaban a leguas, no podía fallar nada, además que ellos estaban provistos de armas, al igual que nosotros, aquello se podía convertir en toda una masacre, una guerra campal entre narcos y policías era una de las cosas que teníamos que asumir.

Un rato después, a punto de perder los nervios, entraron los coches, el primer equipo comenzó a cercar la finca, detrás el segundo, así hasta los cincuenta que había en posición.

Vimos cómo sacaban todo y de repente dimos la luz verde para entrar en la finca.

Pudimos reducir sin formar jaleo a los primeros que estaban vigilando fuera, luego a los de la parte de la nave y luego empezó la batalla por llegar hasta el “Popeye”, ese que se nos había escapado, el cabrón tenía todo tan bien proyectado que fue imposible llegar hasta él, no sabemos cómo salió, por dónde ni nada, solo que estábamos con toda la incautación, dos docenas de detenidos y el cabecilla prófugo de nuevo, todo un mazazo para nuestro equipo operativo.

Una noche larga entre detenciones y demás procedimientos, viendo cómo nuestro objetivo había desaparecido como siempre, dejándonos el culo al aire y unas ansias más grandes aún de pillarlo.

Al menos nos quedaba el consuelo de haber retenido ese cargamento que aunque no le iba a cambiar la vida al cabecilla, si le habíamos hecho un gran daño quitándoselo.

Capítulo 5



Me desperté el miércoles pasado ya el mediodía. Estaba comiéndome algo rápido que me preparé cuando Lucía entró en casa. Venía sonriendo, eso significaba que había tenido un buen día.

—Hola, cariño —me dio un beso y sonrió—. Bastante cansado ayer supongo.

Afirmé con la cabeza, llegué agotado y caí en la cama como si me hubiera pasado un camión por encima.

—¿Día de relax entonces? —abrió el frigo, miró y suspiró— Yo tendré que ir a hacer la compra, menos mal que vengo comida de allí.

—Podemos ir en un rato si quieres.

—No, mi amor, tienes que descansar, tienes unas ojeras...

—No. Estoy bien —le di un beso y me dispuse a hacerme otro sándwich, estaba hambriento—. Aprovechamos y damos una vuelta por el centro comercial, prefiero eso a quedarme aquí encerrado, sabes que me pongo más nervioso.

—Vale, pues me ducho y me arreglo.

—Mmm... ¿Una ducha sola? —la miré arqueando las cejas.

—Todo depende de las energías que tenga mi marido —dijo guiñándome el ojo.

Yo podía estar muriéndome del cansancio que no iba a perder la oportunidad de meterme con ella en la ducha y disfrutar del buen sexo. Nunca.

Me comí el sándwich y me fui al baño para acompañarla, sin perder la ocasión de hacerla mía allí mismo, debajo del chorro del agua. Y ahí sí me sentí con la energía necesaria para poder con lo que me echaran ese día.

Salimos no mucho tiempo después y dimos una vuelta por el centro comercial. Íbamos de la mano, disfrutando de nuestra compañía. Lucía me contaba cómo le fue el día y yo me reía con sus ocurrencias, era bastante divertida, siempre lo había sido. Hasta que la risa se me atascó en la garganta cuando la vi.

Abigail...

—Samuel...

—¿Sí?

—Mi amor, ¿estás bien? —Lucía se paró y me miró— Te estoy hablando y no me escuchas.

—Eh... Sí, claro —intenté tranquilizarla, pero estaba de todo menos tranquilo. Abigail estaba cerca y nos podía ver y mierda, yo no quería que eso pasara. Se iba a enterar que estaba casado...

—¿Seguro? Estás como en otro mundo...

—No, lo siento, solo pensaba en algo. ¿Te apetece un café? —es lo primero que se me ocurrió ya que la cafetería a la que solíamos ir estaba en la planta de arriba de ese centro comercial.

—Pues mira, no vendría mal. Y ya después de eso nos vamos a hacer la compra, no tenemos ni leche en casa —puso los ojos en blanco.

—Entonces no se diga más. Ya vendremos con más tiempo a mirar trapitos —jalé de ella, concienciándome en todo momento porque Abigail no nos viera.

—No te quejes que me he portado bien, esta vez no llevo nada.

—Y no me quejo, por eso es mejor irnos ya, para que no caigas en la tentación.

—A ver si ahora no voy a poder comprarme nada más —rio.

—No hasta que esté el armario nuevo listo.

—Ah, hablando de eso...

Suspiré de alivio, ya había conseguido que se centrara en un tema que le

interesara y no pudiera notar la tensión que aún seguía embargando su cuerpo. Escuché algo de que la semana siguiente vendrían a hacerlo o algo así, pero apenas pude meterme en la conversación.

Mis ojos seguían buscando a Abigail con la mirada. En un solo segundo que la había visto, me la había grabado en la mente. Con unos vaqueros rotos, una camisa roja y su pelo largo suelto... Dios, se me iba a poner dura con solo recrear la imagen de ella tras mis párpados.

¿Qué demonios me estaba pasando?

El tiempo que estuvimos en la cafetería, no pude ni respirar, pendiente a no volver a encontrármela y deseando, por otro lado, volver a verla. Por suerte y gracias a mi trabajo, conseguí disimular bien con mi mujer y que no notara nada extraño, pero lo que yo sentía por dentro era otra cosa bien distinta.

Estaba temblando, así de simple.

Y no dejé de hacerlo hasta salir de aquel lugar y sentirme algo más seguro. Hicimos la compra de comida y llegamos a casa, me senté con una cerveza en el sofá mientras mi esposa hacía la cena, se le había antojado cocinar algo e impulsivamente cogí el móvil, deseando mirar la foto a la que le había hecho la captura de pantalla. La foto de su perfil.

Ahí estaba Abigail, haciendo que me sintiera de nuevo extraño.

Suspiré, bufé... Enfadado conmigo mismo. No la conocía, no había tenido nada con ella y, sin embargo, algo me ocurría con esa mujer y el tema me estaba preocupando.

¿Qué más me podía dar a mí que se enterara que estaba casado, por Dios?

Pues lo hacía, si no se lo había dicho había sido por algo, ¿no? Me sentía, por otro lado, desleal a mi esposa, pero actuaba por impulso, sin pensar.

En el momento en que la había visto, todos mis deseos se habían activado

y mi instinto de supervivencia también. En lo único que había pensado era en que no podía verme con mi mujer.

No quería que me viera con ella.

No quería que supiera de su existencia.

Y eso era más que preocupante. Pero había reaccionado de acorde a esa sensación. Y casi había huido para que no nos viera.

Ahora estaba en la tranquilidad de mi hogar, con mi esposa a pocos metros de mí, ingenua, sin saber nada de lo que me estaba ocurriendo y mirando la foto de otra mujer.

Era un cabrón, no podía describirme de otra forma.

Esa mujer me había hechizado o algo...

Abrí el WhatsApp dispuesto a... ¿A qué?, pensé, ¿a mandarle un mensaje y decirle que la iba a bloquear porque estaba casado y me estaba jodiendo la mente?

Puse los ojos en blanco, era para matarme. Entonces volví a mirar su foto de perfil, esa que le hice la noche que la conocí y me quedé sin aliento de nuevo.

Me quedé observando su cara, ese rostro dulce que provocaba tantas sensaciones en mí, haciendo que mi cuerpo reaccionara y que sintiera la necesidad de verla de nuevo.

Era un traidor, eso pensaba la parte lógica de mi cerebro.

Enfadado conmigo mismo, más bien furioso, dejé el móvil en la mesa y me levanté a ayudar a mi mujer. Era donde tenía que estar, con ella y no pensando en otra mujer.

Pero ya acostado en mi cama esa noche, mi cerebro iba por libre, una cosa es lo que yo quisiera y otra lo que en realidad pensaba.

Y en quien pensé mientras acaricié íntimamente a mi mujer, fue en otra mujer de rostro tierno.

La mañana siguiente la pasé enfrascado en mi trabajo. Tenía cosas que hacer y poco tiempo para pensar y eso era lo que quería y necesitaba. Tuve que salir a arreglar unos asuntos fuera de las oficinas, quizás me llevaría toda la mañana, pero eran cosas que no podían esperar más, esas gestiones tenían que estar terminadas ya sí o sí.

Con la música a toda voz mientras conducía, conseguí mantener mi mente a raya. Dejé el coche en un parking, no iba a complicarme la vida en esa zona de la ciudad que ni en doble fila podía dejarlo y me dirigí dispuesto a dejar todo listo esa mañana. Y lo conseguí.

Dispuesto ya a volver al despacho, me quedé parado en medio de la calle sin poder creerme qué era lo que veía.

¿Abigail?

Mierda, no, Dios, el Karma o quien fuera quería joderme, eso seguro.

Así que ahí era donde trabajaba... Miré el cartel de la clínica veterinaria y me quedé mirándola a través de las cristaleras. Con su bata blanca y con un pequeño perrito en sus brazos... Dios mío...

Mi cuerpo en tensión de nuevo, por no decir nada de cómo actuó mi miembro viril, por no ser vulgar, ante esa imagen.

Su pelo recogido en una alta coleta y una sonrisa de oreja a oreja que la hacía lucir la mujer más hermosa que había visto nunca.

Y yo no podía ni moverme de allí.

¿Entraba? ¿La saludaba? ¿Me iba?

Se me vino a la mente la frase que tenía como estado en WhatsApp. ¿Se refería a mí como ese príncipe azul? No lo sabía, pero ojalá fuera así. Porque necesitaba o esperaba que ella sintiera lo mismo que yo y no sentirme solo y loco con lo que me estaba pasando con ella.

Pensé en Lucía y todo se me derrumbó, me fui de allí hablando solo e insultándome a mí mismo.

¿Pero qué mierda pasa contigo?, me repetía una y otra vez... Estás casado. ¡Joder!

Sí, casado y quería a mi mujer, pero lo que estaba sintiendo por esa otra era algo que no podía controlar. Cada vez tenía menos fuerza para negarme a dejarlo salir.

Y, lo que era peor, cada vez tenía menos ganas.

Y no me estaba gustando nada esa situación.

Ya en casa, con Lucía también allí, ambos pasando una tarde relajada, mi mente seguía por su camino, pensando en la dulce Abigail. Y mi miembro viril se agitaba con solo imaginarla.

Tomé una ducha fría intentando aliviar la calentura sin sentido que tenía, pero no era suficiente. No cuando mis manos tocaban mi propio cuerpo necesitando la liberación, esperando que fueran las manos de esa chica dulce las que me acariciarán. O su boca... Lo que fuera, pero de ella.

Y fue en ese momento cuando entendía que las cosas se me iban de las manos, que lo que me estaba pasando ya no iba a poder controlarlo. No cuando me había masturbado pensando en los labios de otra mujer alrededor de mi miembro y con el orgasmo tan inmenso que el simple hecho de vivirlo en mi mente había provocado en mi cuerpo.

Y sabía que no había marcha atrás un poco más tarde, cuando por primera vez en muchos años, no había sentido deseos de tocar a mi mujer. Porque mi cuerpo, en ese momento, a quien necesitaba era a otra.

Me hice el dormido, sabiendo que Lucía no notaría nada extraño en mí, solo cansancio. Y eso era lo que peor me hacía sentir. La estaba engañando ya, aunque fuera de mente. Pero no por tener una fantasía con otra, sino porque a quien sabía ya sin dudas que quería en mi cama para hacerlo realidad, no era a ella.

Ni yo mismo sabía explicar todo lo que estaba sintiendo. Solo sabía que,

en ese momento, mi vida ya no volvería a ser la misma.

Y que tenía que volver a tener cerca a Abigail. Sin importarme hasta dónde llegaran las cosas.

Cogí el móvil cuando noté que mi mujer ya estaba dormida y me quedé mirando la imagen de esa dulce mujer. La vida me la había puesto en el camino... ¿Por qué? ¿Una especie de prueba de fidelidad? ¿O por hacerme la puñeta?

Fuera lo que fuera, si volvía a verla, sabía que iba a caer en la trampa, porque mi cuerpo era débil y mi imaginación lo era aún más. Me estaba obsesionando con esa mujer y no era para tomárselo a risa.

Mi cuerpo volvió a reaccionar de tanto mirarla y acabé de nuevo en el baño, desahogándome mientras miraba su foto. Era un puto enfermo o así me estaba sintiendo yo.

Esa mujer solo era una complicación y yo cada vez me sentía con menos defensas, sabiendo que no sería nada pasajero.

Sabiendo que...

Estaba jodido, jodido de verdad...

Capítulo 6



La vida seguía su curso...

Todo como siempre, con Lucía como siempre...

Y yo no podía quitarme de la cabeza a Abigail. Ni siquiera en los momentos de intimidad que pasaba con mi esposa. Era insoportable tenerla veinticuatro horas en la mente.

El jueves ya no pude más, dejé caer mis defensas y le mandé un mensaje.

“Hola, Abigail.”

Vale, tampoco era muy original, pero es que me temblaba hasta el pulso con todo eso. Quién lo diría... Que eso le ocurriera a un hombre como yo, pero así era.

“¡Hola!”

Su respuesta fue casi instantánea y eso me hizo sonreír.

“¿Qué tal estás?”, le pregunté.

“Bien, ¿y tú?”

“Bien. Pensando en ti...”

“Oh... Debo alegrarme entonces por eso...”

No sabía con qué entonación habría dicho eso, pero solté una carcajada imaginándomelo.

“Tengo el fin de semana libre, sé que a lo mejor te parece un descarro por mi parte, pero... ¿Te apetecería que hiciéramos algo?”

“¿Algo como qué?”

“No sé, por mí te propondría irnos a algún lugar lejos de aquí, pero ¿aceptarías?”

“Mmmm... Pues depende dónde...”

Me encantaba, no podía decir otra cosa.

“¿Cádiz? El mar, el sol...”

“Jajaja. De eso tengo en Málaga.”

“Pero me tendrías a mí...”

Tardó unos segundos más de lo que estaba tardando en responder, pero lo hizo.

“A lo mejor te parece descarado por mi parte, pero... ¡Acepto!”

No puedo describir la sensación de júbilo que me entró en ese momento, quería gritar y todo por la euforia y me corté porque Lucía entró en el salón y yo tenía que disimular.

“Pues mañana te recojo en la clínica veterinaria al salir y volvemos el domingo. Si te parece...”

Después de su sí y de quedar a una hora exacta, dándome ella la dirección de su clínica y yo sin decirle que sabía de más dónde era, mantuve mi rostro impassible y serio mientras mi esposa se sentaba a mi lado y me ofrecía una cerveza.

—Estás muy serio... —dijo ella cuando dejó el móvil en la mesa.

—Tengo trabajo este fin de semana.

—Oh... Lo siento, amor.

Me gustaba que no preguntara nada. Eso era un buen punto para mí. Intenté dejar lejos de mi mente a Abigail, pero ya no pude lograrlo. Me comían los nervios por verla y por pasar unos días con ella y, aunque por otro lado la culpabilidad se hacía eco en mí, la desechaba. No sabía qué me pasaba con esa mujer, pero tenía que averiguarlo. Y aunque lo había intentado, la verdad era que ya no podía resistirme más a volver a tenerla cerca.

El viernes tardó en llegar, se me hizo eterno. Yo estaba delante de la puerta de la clínica veterinaria esperando que la mujer que me perturbaba saliera por la puerta. Y no tardó mucho. Ahí estaba ella...

Preciosa, con un vaquero ajustado a sus curvas y una camisa con demasiado escote... Mierda, me había puesto duro ya, así no se podía.

—Hola... —dijo tímidamente al acercarse a mí. Le devolví el hola y la miré, sin perder ningún detalle de su cuerpo ni de su rostro.

—¿Preparada para la locura? —me acerqué a ella y le di dos besos, uno en cada lado de su rostro, lentos, deteniéndome más de la cuenta... Poniéndola nerviosa. O más nerviosa aún de lo que ya había notado que estaba.

—Algo loca estoy, porque acceder a esto no es normal en mí.

—Siempre hay una primera vez —le guiñé el ojo—. Trae, la guardo detrás. Cogí la maleta y la metí en el maletero del coche.

—¿Vamos? —pregunté, abriéndole la puerta del copiloto.

Respiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Vamos, pues...

Unos minutos después, estábamos los dos de camino al lugar que iba a ser testigo de nuestras primeras, y no sabía si únicas, horas juntos.

No estábamos en tensión, pero nuestra actitud, la de ambos, era precavida. Sin saber qué decir. Lo normal después de eso, si ni siquiera nos conocíamos.

Mi mente, además, iba por otro lado. La noche anterior no me acosté a la vez que mi esposa, esperé que se durmiera para meterme en la cama y no sabía por qué, pero no quería hacer nada con ella cuando Abigail seguía ocupando todos mis pensamientos.

Lucía no notó nada, gracias a Dios, ella pensó que estaba centrado en el trabajo y aunque de vez en cuando me daba una punzada de dolor en el pecho por la culpabilidad, eso se me iba pronto pensando en el fin de semana que me quedaba por delante.

Esa misma mañana me despedí de mi esposa cuando se fue a trabajar, con un beso como siempre y prometiéndole llamarla en cuanto pudiera, ya que ella

pensaba que estaría en alguna misión, sabía que no podría llamarme, así me aseguraba que no me cogiera en un mal momento también.

Quién me había visto y quién me veía en ese momento...

Ya, sin haber ocurrido nada entre Abigail y yo, me estaba convirtiendo en un hombre infiel, estaba mintiendo a su mujer. Y lo peor era que ni saber eso con claridad menguaban las ganas y la necesidad que tenía de esa mujer de rostro dulce.

Bueno, quizás una vez que la tengas cerca de nuevo, nada es como crees..., pensé. Claro, pensé con ironía, y quizás cuando te la tires una vez, ya te aburres de ella...

Así, con ese tipo de pensamientos, había pasado la noche anterior. Incluso con esos pensamientos había estado esa misma mañana, pero todo eso desapareció de mi mente cuando la vi salir, con su maleta, de la clínica en la que trabajaba.

Fue verla y mi cerebro borró todo lo que no fuera ella...

—¿Sueles hacer mucho esto? —me preguntó, rompiendo el silencio que solo rompía la música que llevaba de fondo mientras conducía y sacándome de mis pensamientos.

—¿El qué? —pregunté sonando, aunque no quise, distraído. Pero si me había dicho algo antes, no me había ni percatado, tan ensimismado estaba con mi propia mente.

—Invitar a alguien así, de esa forma.

—No —reí, aliviado también de hacerlo—. Eres la primera con quien lo hago y no sé ni cómo me atreví.

—Bueno, yo tampoco sé cómo me atreví a aceptar —rio también y eso me gustó, notarla ya menos comedida—. Estamos mal de la cabeza...

—Sí. Un poco sí. Pero si no fuera por momentos así, ¿qué sentido tendría la vida?

—Ahí tienes razón.

No sabía si la tenía, pero era lo que pensaba en ese momento. Me había decidido a arriesgarme, así que no iba a pensar en por qué, estaba en ese coche, de camino al hotel que había reservado para pasar el fin de semana con una mujer que me estaba volviendo más que loco con solo haberla visto unas pocas horas en mi vida.

Y habría tiempo de pensar en todo lo demás y en las consecuencias. Ahora solo era ver qué estaba ocurriéndome con ella.

El trayecto fue bien, conseguimos encajar, conversamos como si nos conociéramos de toda la vida, como había ocurrido la noche en que la conocí. La química entre nosotros seguía así, no había desaparecido.

El coche aparcado en el parking del hotel, nosotros con nuestras maletas de camino a recepción, donde una chica nos recibió con una gran sonrisa en la cara.

—Hola, tenemos una reserva...

No tardaron mucho en darnos las llaves, firmé el recibo correspondiente y fuimos hacia el ascensor que nos llevaría a la segunda planta donde nos alojaríamos.

Notaba que Abigail se había puesto nerviosa al enterarse que solo había reservado una habitación para los dos, pero sabía que ella lo imaginó también, aunque eso no quitaba que en ese momento no supiera cómo actuar.

Abrí la puerta de la habitación y le ofrecí entrar, siguiéndola y cerrando la puerta cuando ambos estuvimos ya dentro.

—Una cama grande... —carraspeó, mirando la cama de matrimonio que estaba en un lugar privilegiado en la estancia que íbamos a compartir las siguientes horas.

—Que solo compartiremos si queremos, no tienes que preocuparte por eso —dije para tranquilizarla.

—¿Crees que me preocupa eso? —se giró y me miró— Estoy aquí por algo. Lo dijo sensual, sin rastro de timidez o miedo.

—¿No te importa lo rápido que va todo? —le pregunté dejando todo de lado también, acercándome a ella mientras la miraba a los ojos, dejando que se notara cómo me trastornaba y que si ella quería lo mismo, yo tampoco iba a perder el tiempo.

—Sí, sí me importa... —dijo y yo me paré, sin dejar de mirar esos ojos dulces— Y te juro que no hice algo así nunca, no soy de este tipo de locuras. Pero no sé qué me pasa contigo y eso me da algo de miedo.

Me dio un vuelco el corazón, porque a mí me pasaba exactamente lo mismo y joder, además yo estaba casado.

—Yo tampoco sé qué me pasa contigo —dije mientras seguí acercándome a ella, parándome muy, muy cerca...— Solo sé que no puedo controlarlo. Que no quiero controlarlo... Que necesito saber qué es lo que ocurre entre nosotros. Ver si es real todo esto.

—¿Y si no lo es?

—No lo sé... ¿Crees que no lo es?

Me observó y yo estaba más que cardíaco. Entendía lo que ella sentía porque yo sentía lo mismo.

—Yo no soy una mujer fácil —dijo seriamente.

—¿Eso es lo que crees que pienso de ti?

—¿Cómo no hacerlo? Después de esta locura...

—No somos unos críos, no somos de perder el tiempo. Para mí, que te hayas arriesgado a estar aquí conmigo no es síntoma de que seas nada, sino al contrario. De que sientes lo mismo que yo y no puedes luchar contra ello. Y no quieres... Exactamente lo mismo que me pasa a mí. Pero no te traje para tenerte en una cama, Abigail. Yo no te obligaré a nada.

—Eso lo sé.

—Entonces dejemos que las cosas fluyan.

—Y que ocurra lo que tenga que ocurrir.

—Sí, que ocurra lo que tenga que ocurrir —le guiñé el ojo y levanté la mano para acariciar su cara, cariñosamente—. ¿Tienes hambre?

—Bueno... El sándwich que nos comimos en esa estación de servicio no es que me haya llenado mucho —frunció el ceño, recordando la parada que habíamos hecho por el camino para comer algo. Me hubiera gustado comer mejor, pero preferimos, ambos, llegar cuanto antes y relajarnos ya en Cádiz.

—Entonces vayamos a cenar temprano. ¡Me pido ducharme antes!

Empecé a comportarme como yo era, bromista, divertido y a dejar a un lado al hombre serio en el que me convertía a veces. Se rio y eso fue música para mis oídos.

Entré en la ducha sonriendo, sabiendo por nuestra conversación que le ocurría lo mismo que a mí y que no era el único que estaba viviendo eso, lo cual era un alivio en parte.

Porque por otra, esa mujer, estaba seguro, iba a ser mi perdición.

Había deseado besarla y hacerla mía instantes atrás, sin pensar en mi vida, en nada que no fuéramos ella y yo desnudos en esa enorme cama que compartiríamos las dos siguientes noches y eso era más que un problema.

Porque en ese instante se me vino a la mente el pensamiento de que por más que la hiciera mía, no me iba a aburrir tan fácilmente de esa mujer.

Y estaba casado...

Pero en ese momento, nada de eso me importaba. Me importaba Abigail y lo que estaba por vivir con ella. ¿Lo demás? Ya tendría tiempo de pensar en que iba a cometer la mayor estupidez de mi vida.

¿O no...?

Capítulo 7



—¿En serio te vas a comer todo eso?

Miré a Abigail con las cejas enarcadas cuando me hizo la pregunta.

—Claro que sí.

Empezó a reírse y yo hice lo mismo. Estábamos en un restaurante italiano que había cerca del hotel. Habíamos salido una hora después, habíamos caminado y charlado para mitigar los nervios y estábamos ya sentados a la mesa para cenar.

—Cuéntame de ti —le dije mientras empezaba a comerme mi entrante, un plato de pasta que tenía una pinta increíble.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Puedes empezar por el principio.

—Pues verás, a mi padre le costó un poco enamorar a mi madre...

—Tampoco tan desde el principio —dije a carcajadas.

Abigail me sacó la lengua, divertida por meterse un poco conmigo.

—En realidad no hay nada extraordinario en mi vida, es un poco aburrida —dijo ya seria.

—¿Aburrida? No me creo que la chica que ha aceptado una invitación mía de esa manera sea para nada aburrida.

—Oh, pero yo no lo soy. Otra cosa es mi vida. Trabajo, amigos y poco más.

—¿Me da la sensación de que no quieres contarme mucho?

—No, para nada. Preguntas y te respondo. Pero si tengo yo que contar... Aparte de que mi última pareja me dejó por otro hombre, no hay mucho que decir.

—¿Te dejó por un tío? —pregunté después de atragantarme con la comida.

—Sí... La verdad es que me dejó traumatizada —rio sin control—. Imagina mi cara cuando me dijo que estaba con alguien. Joder, yo me imaginaba a una chica despampanante, lo contrario a mí, pero no, me dijo que se había liado con su mejor amigo —le dio un bocado a su pizza y masticó mirándome, esperando a que yo reaccionara.

Pero mi mente se había parado en otro punto diferente.

—¿Qué quieres decir con contraria a ti? Tú eres despampanante.

—¿Yo? —preguntó abriendo la boca— Para nada, soy muy normal, pero no es la cuestión.

—Yo creo que sí es la cuestión —volví a comer—. Espero que eso no haya afectado a tu autoestima como mujer.

—Al principio sí lo hizo, no voy a mentirte. Pero ya lo superé.

—¿Con un clavo saca a otro clavo? —le guiñé el ojo.

—No. No volví a estar con nadie, de eso hace ya dos años. Pero lo superé.

—¿Dos años sola? ¿Alguien como tú? No me lo creo.

—O tienes una imagen distorsionada de mí o te quedas conmigo —bromeó—, No soy una chica que llame la atención, divertida, sí, pero no soy una rompecorazones.

—Creo que eres tú la de la visión distorsionada...

No podía creerme que no se viera a ella misma como era, menos aún después de lo que había provocado en mi mente y en mi cuerpo desde el minuto uno. Era más que despampanante y en todos los sentidos. Y yo no estaba exagerando nada.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? —me preguntó.

—Nada, me centro en mi trabajo, relaciones esporádicas, ya sabes... —mentí descaradamente.

—Las tendrás a todas locas y detrás de ti.

—Lo que yo te diga, tienes la percepción más que distorsionada —puse los ojos en blanco y ella volvió a reír a carcajadas.

Y así estuvimos toda la comida, bromeando, riendo, pero conociéndonos algo más. El feeling entre ambos cada vez iba a más y eso, lejos de preocuparme, no hacía sino más que hacerme sentir mejor.

La cena se nos alargó un poco, ninguno de los dos quería cortar ese momento que estábamos viviendo, así que nos costó la vida levantarnos de aquellas sillas. Caminamos hacia el hotel, haciendo planes para el día siguiente. Quería conocer un poco la ciudad ya que no había estado allí y como yo estuve varias veces, le prometí enseñarle absolutamente todo porque el domingo volveríamos temprano de vuelta a la realidad. No quería perder el tiempo con ella.

En el momento en que pusimos un pie en la habitación que íbamos a compartir, el ambiente cambió de nuevo. Noté sus nervios y me dispuse a calmarla. Como ya le había dicho, no haría nada que ella no quisiera. Yo sí que quería hacer de todo con ella, sin duda ninguna.

—Voy a hacer una llamada —dije señalando al balcón que teníamos. Así le daría tiempo también para que se pusiera cómoda y se le pasara la tensión.

Afirmó con la cabeza y comenzó a buscar en su maleta. Yo salí al balcón y me apoyé en la barandilla. Era el momento de llamar a Lucía para decirle al menos que todo estaba bien, que yo estaba bien y que no se preocupara.

La culpabilidad volvió a atenazarme, miré para atrás y vi a Abigail entrando en el baño con lo que suponía era su pijama en la mano y los pensamientos volvieron de nuevo a mi necesidad de ella...

Tenía que llamar a mi esposa y centrarme en la mujer que tenía a mi lado. Y olvidarme de las culpas, ya me ocuparía de ellas.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás? —me preguntó al cogerme la llamada.

—Bien —me giré para mirar por el cristal y que Abigail no pudiera oírme—. Será un fin de semana difícil, no sé si podré llamarte mucho.

—Lo siento... ¿Pero estás bien?

—Sí, si lo estoy. ¿Y tú?

—Echándote de menos, como siempre. Pero bien. No te preocupes por mí, solo vuelve sano y salvo, ¿vale?

—Claro...

—Te quiero, mi amor.

—Y yo a ti —dije antes de colgar.

Sí, era verdad que la quería, pero ahí estaba, con otra con la que iba a compartir cama y que me ponía más que cardíaco.

Era un cabrón, esa era la verdad.

Y la vi salir con ese pijama de pantalón corto... Se me puso dura al instante. Me guardé el móvil en el bolsillo y entré en la habitación.

Y en el momento en que la miré a los ojos mientras me acercaba a ella, supe que ya no había marcha atrás.

Si es que había tenido alguna posibilidad de que me arrepintiese en algún momento...

No pude controlarme, no podía dejar de acercarme a ella y de mirarla a la cara.

—Samuel...

—Lo que te dije es verdad, no sé qué me pasa contigo. Pero si no quieres que me acerque a ti, dímelo ya.

Pero no lo dijo ni cuando me paré delante de ella.

—Abigail...

—Abigail negó con la cabeza...

—No quiero pararte. No quiero pararme —susurró.

Se rendía a mí como yo me había rendido con ella y la besé. La besé sin

poder controlarme, gimiendo ante el contacto de nuestros labios. Devorando su boca mientras decenas de sensaciones me atravesaban el cuerpo.

Euforia.

Necesidad.

Deseo.

Miedo...

Miedo porque lo que sentía me estaba superando y solo quería más y más de ella.

No sé en qué momento caímos sobre la cama, sin poder controlar nuestras manos, quienes iban desnudando al otro, despojándolo de cada prenda hasta que nuestros cuerpos desnudos estuvieron unidos, sin ni siquiera mirarlos, solo sintiendo los escalofríos que nos recorrían.

Ni una palabra, solo gemidos que llenaban la habitación y que nos impacientaban más y más.

Nos deseábamos con una fuerza indescriptible y el momento en el que entré en ella, fue más que sublime. Eché la cabeza hacia atrás, sintiéndola y dejando que todo saliera. Bajé la cabeza y la miré, sus ojos empañados por el deseo, su labio entre sus dientes y comencé a moverme. Sin delicadeza, con fuerza, demostrándole lo que provocaba en mi cuerpo.

Lo que provocaba en mí.

Y cuando llegamos al clímax, juntos, supe que esa pequeña expectativa que tenía sobre que estaba equivocado y que lo que me ocurría con ella no era para tanto y se podía ir con hacerla mía no era así.

En ese momento supe, sin lugar a duda, que estaba más que jodido.

Y que eso iba a cambiar mi vida para siempre.

El sábado nos despertamos tarde y volvimos a hacer el amor. Salimos de esa habitación como una pareja de enamorados, agarrados de la mano. Y todo porque yo no podía dejar de tocarla.

No podía dejar de besarla en ningún sitio.

Lo que había ocurrido entre nosotros era demasiado especial.

La conexión entre nosotros no era solo sexual, era mucho más. Una química inexplicable que compartimos cada hora juntos, como una pareja de enamorados que va de viaje a una ciudad. Como si fuéramos dos quinceañeros.

Una pareja que llegó pronto al hotel esa noche, deseando tener al otro entre sus brazos y no soltarlo jamás.

Eso era lo que sentía con ella, no quería que todo eso acabara. Sin embargo el viaje exprés llegó a su fin y tras besarla y hacerla mía antes de dejar ese lugar que nos había unido, salimos en dirección a la realidad.

Y no fue hasta ese momento cuando Lucía volvió a ocupar mi mente, ni siquiera la había llamado el día anterior, no me había separado de Abigail ni un instante.

Abigail...

La miré mientras conducía, dormida en el asiento. Lo que había ocurrido entre nosotros no era tontería y todo se acababa y, aunque no quisiera admitirlo, no quería que eso ocurriera. Pero era un hombre casado. Y había engañado a mi mujer, había convertido a otra en mi amante y ni siquiera sabía que estaba casado.

Era más que un capullo.

Y era con eso con lo que tendría que lidiar desde ese momento.

La dejé en la puerta de su casa y me despedí de ella devorando su boca, prometiendo llamarla al día siguiente. La vi desaparecer dentro del portal y suspiré cuando todo volvió a caerme encima de nuevo, la verdad de todo lo que había hecho.

Arranqué el coche y conduje hasta aparcarlo en un pub que conocía. Necesitaba una copa, pensar y no tenía ganas aún de irme a casa.

Sí, como bien pensé horas antes, la había jodido de verdad.
¿Y ahora qué iba a hacer?

Capítulo 8



—Realidad, maldita realidad...

—Miraba a Lucía y no me creía lo que le había hecho, no se lo merecía y yo la amaba con todas mis fuerzas, o eso creía, pues la había engañado, cosa que jamás se me hubiera pasado por la cabeza.

—Después de hacerlo con ella al despertar, sin remordimientos, me fui a trabajar, mi cabeza estaba dividida, no podía sacar a Abigail de ella, pero tampoco a mi mujer, me sentía un cretino, con una vida ahora de mentira, a las dos las tenía engañadas.

—Llegué a las dependencias y allí estaba Adrián con el rostro desencajado.

—Buenos días. ¿Novedades?

—Samuel, ese tipo se está riendo de nosotros, mira... —me enseñó una foto de él que habían dejado en el cristal de su coche en un sobre, salía “Popeye” sacando el dedo.

—Hijo de...

—Me da la sensación de que nos tiene controlado a nosotros, no nosotros a él.

—Pues sí —dije acariciando mi barbilla—. ¿Alguna pista de su paradero?

—No, lo tenemos totalmente desaparecido y además se atreve con esto...

—Ese tío se va a burlar de nosotros siempre...

—No, vamos a cogerlo, por mi que ego lo haremos —hizo un gesto de enfado.

—Por el mío también, pero está complicada la cosa...

—Bueno, voy a seguir con lo que estaba haciendo, a ese lo cogemos sí o sí —dijo dando un golpe en la mesa y alejándose.

—Me quedé pensativo, ese atrevimiento de la foto era una provocación en toda regla, lástima que no lo pudiéramos haber cogido esa noche en la que todo estaba preparado.

—El día fue desastroso, no lograba concentrarme, las imágenes del fin de semana con Abigail no paraban de suceder en mi cabeza como si fueran diapositivas.

—Me gustaba, mucho, pero también Lucía, estaba viviendo dos amores a la vez, cosa que jamás imaginé que podría pasar, pero estaba sucediendo, como algo que entraba de forma imparable, no podía controlar la situación y eso me estaba volviendo loco.

—Salí del trabajo y me fui hacia casa, allí estaba Lucía esperándome con la comida, un vino y una sonrisa de lo más seductora.

—¿Qué tal el día? —preguntó mientras se acercaba hacia mí, tonteando con la copa de vino y con una camiseta larga solo y debajo la ropa interior sin nada más.

—Horrible, pero estas vistas borran todo —dije cogiéndola por la cintura y besándola.

—Tengo unas vistas mejores, pero eso será después de la comida, solo si quieres —su tono era de lo más seductor.

—Quiero verlas —le guiñé el ojo y la apreté contra mí, besándola de forma salvaje, necesitaba sentir todo y olvidarme de todo.

—La senté en la mesa de la cocina y terminamos haciendo el amor, antes de comer, a modo aperitivo, si algo tenía Lucía es que seguía provocando en mí toda clases de deseos. Era la mujer de mi vida, la que yo había elegido, sin embargo, Abigail era lo prohibido a lo que yo no quería renunciar.

—Después de la comida nos fuimos a la terraza de la casa, el día era soleado y perfecto, un mayo resplandeciente, nos tiramos en las hamacas y nos quedamos dormidos un rato, el vino había contribuido a caer rendidos.

—Ese día no salimos de casa, yo miraba la foto de Abigail y cuando menos lo esperaba me entró un mensaje de ella.

—“Gracias por el fin de semana de magia que me regalaste.”

—Un hormigueo recorrió mi barriga, me metí en el baño para contestarle tranquilamente.

—“Gracias por acompañarme en la locura, cuando quieras repetimos.”

—Sí, quería repetir, quería volverla a ver, la necesitaba, sin dudas que la necesitaba, se había convertido en toda una obsesión que no conseguía sacar de mi cabeza.

—No tardó en contestar.

“Siempre que quieras, estoy a tu entera disposición...”

—No, no podía ser, encima estaba a mi disposición, cómo no iba a caer rendido a sus pies.

—Me daba miedo, esto era un juego muy peligroso, me podía quedar sin las dos, aunque me lo tenía merecido, pero no podía frenar eso que me estaba sucediendo.

—Al día siguiente me levanté y despedí de Lucía, tenía guardia de veinticuatro horas, así que tras trabajar quedé para comer con mi hermano.

—Le conté todo de golpe, nada más llegar, él no se lo podía creer, no podía ni imaginar que hubiera hecho algo así.

—No sé qué decirte, hermano, Lucía no se lo merece y tenéis una relación preciosa, creo que estás jugando con fuego y puedes quemarte. Yo era tú y pondría un punto final, estás a tiempo, no creo que merezca la pena tirar todo por la borda, tú la amas y ella a ti también, esto es solo un capricho —dijo en tono consejo.

—Se me fue de las manos, no sé cómo sucedió, pero solo pensar en no volver a ver a Abigail me hace daño, no soy capaz de renunciar a ella, me estoy volviendo loco.

—¿Y si pierdes a Lucía?

—No quiero ni pensarlo...

—Pues debes de hacerlo, debes de plantearte la posibilidad de que te descubra y te dé dos patadas, quizás entonces te des cuenta la locura que hiciste y que perdiste todo por lo que habías luchado y construido.

—En ese momento me llegó un mensaje de Lucía, con una foto suya a modo selfie, un folio en sus manos en los que ponía que me amaba, se me cayó el mundo a los pies, a la vez que recibía otro mensaje de Abigail proponiendo salir el viernes por la noche y yo no me podía a arriesgar a verla por aquí, nos podían pillar y no quería jugármela.

—Contesté a Lucía que yo también la amaba y a Abigail que este fin de semana trabaja entero, iba a hacerle caso a mi hermano, no iba a jugármela por lo que quizás, sin saberlo, era un capricho...

Capítulo 9



Llegué a la oficina y Adrián estaba sentado en mi despacho, esperándome.

—Un sobre como el de la foto anterior sobre la mesa.

—Buenos días —dijo señalando el sobre.

—Buenos días —cogí el sobre para abrirlo.

—¿Quién es ella? —preguntó mientras yo me sentaba a punto de desmayarme, la sangre se me había subido a la cabeza.

—Es Abigail —dije mientras veía su foto en la clínica y un comentario puesto sobre ella.

—“La pienso follar como una perra.”

—¿De qué la conoces?

—La conozco, pero que ni se le ocurra tocarla —dije con rabia.

—¿Has tenido un lío con ella? —preguntó directamente.

—Afirmé con la cabeza, ni me atreví a contestar con palabras.

—Puse las manos sobre mi frente, la rabia se estaba apoderando de mí y las ganas de cogerlo ya no era algo profesional, se había convertido en algo personal.

—¿Ves lo cerca que está de nosotros? ¿Ves que sabe más de lo que nadie sabe de nuestras vidas? ¡Es un hijo de puta! —Adrián estaba eufórico y muy enfadado de saber que él nos pisaba los talones y no nosotros a él.

—Cogí una de sus fotos del corcho y me fui hacia la puerta.

—Voy a hablar con Abigail, quiero ver si estuvo por su clínica o solo fue una foto que mandó hacer a alguien.

—Salí como alma que lleva al diablo, no la iba a tocar, lo mataba si lo hacía, a ella y a Lucía no me las iba a tocar por nada del mundo.

—Tuve suerte y dejé el coche en la misma puerta, ella estaba al teléfono y su cara era de asombro al verme aparecer por ahí.

— Buenos días, tengo que hablar contigo.

—Claro, pasa —me indicó para entrar a su consulta—. ¿Pasó algo?

—Puse sobre su mesa la foto de “Popeye”.

—¿Lo conoces? —pregunté ante su cara de asombro.

—Estuvo por aquí con su perro para que lo vacunase. ¿Por?

—¿¿¿Estuvo aquí???

—Sí, ayer, era muy amable...

—¡¡¡Su puta madre!!! —dije con cabreo.

—¿Qué pasa? ¡Me estás asustando!

—Escúchame, Abigail, si lo ves disimula y me llamas diciendo que llegó la medicina de mi perro, no digas mi nombre, no vayas con él a ningún sitio, no te quedes a solas, llámame, por favor.

—¿Podrías decirme qué pasa?

—Está en busca y captura, solo eso, no puedo decirte más nada, pero es un tipo muy peligroso.

—¿Cómo supiste que estuvo aquí?

—No puedo decirlo, pero prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo —dijo poco convencida, sin entender nada.

—¿Te contó algo?

—Nada, solo que había adoptado al perrito que estaba abandonado en el portal de su casa y le dio lástima...

—Qué gran hombre —respondí sarcásticamente.

—Además de eso, no me dijo más nada, estuvimos hablando de las próximas vacunas y me dijo que me llamaría para volverlo a traer.

—No te llamará, en todo caso y cosa que dudo, aparecerá de improvisto.

—¿Debo temer algo?

—Es peligroso, ya te dije qué debes de hacer, sonríe y me llamas delante de él como si fuera un cliente, o mucho mejor, una clienta.

—Vale... ¿Nos volveremos a ver? —me preguntó cambiando el tema.

—Por supuesto... —dije dando dos golpes en la puerta y marchándome.

—Salí de allí enfadado por el atrevimiento y juego del “Popeye”, sabía más de nosotros que nosotros de él, de eso estaba seguro, hasta llegar a Abigail, ya me debía tener controlado, eso me preocupaba, además de a Adrián, sabía perfectamente quienes éramos y que íbamos a por él.

—Llegué y le conté a Adrián, estaba muy preocupado por su familia y la mía, eso de que nos hubieran descubierto era un punto a favor para el “Popeye”.

—No me quería ni imaginar que fuera capaz de tocar algo mío, me volvía loco solo de pensarlo, estaba furioso y encabronado, solo quería pillarlo, meterlo entre rejas unos buenos años.

—Me fui hacia casa después de un largo día de trabajo, estaba agobiado y superado por la situación.

—Lucía se había ido a cenar con su hermana Marta que había regresado de Londres, donde trabajaba de directora de un hotel.

—Me serví una copa de vino, me senté en la terraza y me tiré en la hamaca, necesitaba aire, además de relajarme, aunque no lo conseguía, eso era imposible después del mensaje que me había mandado el mayor hijo de puta de la zona del estrecho.

—Llamé a mi hermano y le conté todo, estaba alucinando, al igual que yo, me dijo que tuviera mucho cuidado y que debería de proteger a Lucía, que aquel tipo era capaz de hacer cualquier locura, no tenía nada que perder, vivía fuera de la ley y me podía poner a prueba con algo que me hiciera mucho daño.

—Cuando volvió Lucía yo la esperaba en el sofá, le hablé por encima del

caso y de que teníamos miedo en las dependencias que intentara hacer algo a nuestras familias, quería mantenerla alerta para que no se fiara de nada y de nadie.

—Lucía, como siempre, intentó tranquilizarme, hacerme sentir bien, ella era así de linda y perfecta, siempre ayudándome a quitar las tormentas de mi cabeza y me prometió que se cuidaría mucho y bien, que no me preocupara por nada y que intentaría no ir sola hasta que lo pilláramos.

—Hicimos el amor, como una película, donde disfrutaba de su cuerpo pero no dejaba de aparecer la imagen de Abigail en mi cabeza. Sentía que la estaba fallando, la verdad es que lo estaba haciendo y eso era algo que no me perdonaba pero que a la vez no podía evitar por mucho que lo intentara.

Capítulo 10



Me levanté faltándome el aire, había tenido pesadillas con el cabrón del “Popeye”...

—Café en mano y de camino para las dependencias.

—Buenos días —dije con miedo al volver a ver a Adrián en mi despacho—. ¿Novedades?

—Ajá...

—Dime —pregunté intrigado.

—El “Popeye” tiene una hija en un colegio privado en la provincia de Cádiz, está registrada a nombre de su madre, una expareja que estuvo con él, hemos averiguado que él va de vez en cuando a recogerla, sin dejarse ver, por supuesto, pero suele hacerlo el primer día de cada mes.

—O sea, si los cálculos no fallan, el lunes... —me senté afirmando con la cabeza que ojalá eso fuera fiable.

—Efectivamente —dijo dando una palmada a la mesa.

—Tenemos que cogerlo —lo señalé con el dedo.

—Hay que hacerlo ya, esto se está yendo de las manos y ese es capaz de liarnos una gorda en modo advertencia.

—¿Cómo tienes pensado hacerlo?

—El lunes a primera hora nos vamos para allá, nos posicionaremos con el equipo A y B, esperaremos a ver si aparece y lo acorralaremos si eso ocurre.

—Perfecto —dije afirmando, imaginándolo.

—La reunión con los grupos las íbamos a hacer el lunes a primera hora, no queríamos mover nada antes, nunca se sabía si podía infiltrarse algo o torcerse.

—Cuando terminé la jornada me despedí hasta el lunes, ya por fin era fin

de semana y tocaba intentar relajarse.

—Al llegar a casa propuse a Lucía irnos a Sevilla a pasar el fin de semana, la idea le pareció perfecta, el tiempo era perfecto para pasear y disfrutar del buen clima.

—Necesitaba salir de aquella ciudad, me estaba agobiando, me sentía observado y mucho peor, me sentía preso de una situación que en cualquier momento podría descubrirse por parte de cualquier de las dos mujeres que tenían dividido mi corazón.

—Por el camino no paraba de mirar por el espejo retrovisor, estaba obsesionado con que nos perseguían, estaba en tensión y lo peor es que tenía que disimular ante mi mujer, sonreír como si nada pasara y hacerle muestras de cariño como si fuera la única mujer que formaba parte de mi vida.

—Llegamos a Sevilla y nos alojamos en un hotel muy cercano a La Giralda, queríamos estar por esa zona y pasar el fin de semana caminando sin necesidad de coger el coche.

—Nos fuimos a cenar a un bar muy bonito, elegante, con una presentación de platos estupenda, al aire libre, en una terraza, tomando vino, charlando sobre los posibles destinos a viajar en el mes de julio.

—Quiero ir a Bali, me parece de lo más exótico, además de tener mil cosas para ver y tiene mucha cultura.

—Pues comenzaré a mirarlo, me parece un destino muy atractivo —dije rezando por haber pillado al “Popeye” antes de julio.

—Sol, relax, cultura... Qué gusto solo de imaginarlo —puso cara de placer.

—Lo necesitamos, sí —sonreí.

—Aquello lo necesitaba, quizás esas vacaciones serían las que volverían a traernos la normalidad que yo había alterado al conocer a Abigail.

—Después de allí nos fuimos a un pub a tomar una copa, seguía siendo la

chica sensual y divertida de la que me enamoré, esa noche terminamos borrachos, llegamos al hotel casi a gatas y terminamos haciendo el amor como locos.

—Seguíamos con esa chispa especial, era lo que me daba rabia, que no se hubiera pasado nada de lo que sentía hacia ella y me pasara eso con Abigail, era algo que no podía controlar, algo que no quería que sucediera, pero, sin embargo, era algo real que estaba poniendo mi vida de aquella manera tan desastrosa.

—Por la mañana nos levantamos y después de un buen desayuno nos fuimos a pasear por la ciudad.

—Estaba más relajado, casi no pensaba en el caso, quería dejar todas las fuerzas para el lunes, pero Abigail era otra historia, no se me quitó de la cabeza en todo el día, llevaba a mi mujer de la mano pero por momentos pensaba que era a ella a la que llevaba.

—La vuelta la hicimos el domingo temprano, iba conduciendo pensando en todo, por una parte el “Popeye” y su amenaza, por otro lado Abigail y el miedo a que le sucediera algo, en el fondo ya la amaba demasiado, no quería quererla, pero la amaba como nunca imaginé hacerlo a nadie que no fuera Lucía.

Capítulo 11



Me levanté nervioso, dejé a Lucía durmiendo, ese día ella no trabajaba, con la misma rutina me preparé el café y me fui a las dependencias.

—Buenos días —dije en general a Adrián y los grupos que iban a proceder a la intervención.

—Buenos días —dijeron todos de forma sincronizada.

—Hoy va, lo tenemos confirmado, no se baja del coche, la recoge un chico de su confianza y él espera en el sillón de atrás de una coche con los cristales tintados.

—No creo que esto vaya a ser tan fácil —resoplé de los nervios.

—Nadie dijo que lo fuera, pero es otra oportunidad para intentarlo pillar... —dijo Adrián apoyándose sobre la mesa y ladeando la cara.

—Algo me huele mal...

—Todo huele mal, Samuel. Pero vamos a ir a por todas como hicimos la otra noche.

Un rato después estábamos camino hacia Cádiz, concretamente al Puerto de Santa María, donde estaba la hija del “Popeye”.

Situados estratégicamente una hora antes, yo estaba metido en un coche no identificado, a mí no me podía ver, me conocía, al igual que a Adrián que se encontraba a mi lado.

Los nervios se apoderaban de mí, eso de la amenaza con la foto de Abigail me había creado una tensión y odio que estaba pudiendo conmigo.

Tenían la foto de la menor, con eso podían identificar adónde la llevaban, en qué vehículo la montaban y ahí comenzaría todo, estaba rezando para que nada se torciera, a pesar de que era de todo menos creyente, pero en estos momentos te aferras a un clavo ardiendo.

Me entró un mensaje de Abigail preguntándome cómo estaba, lo miré sin llegar a abrirlo para que no viera que lo había leído, en estos momentos no estaba para hablar con nadie, además que no quería seguir con el juego, aunque mi corazón me decía lo contrario.

—Objetivo a la vista, seguimos al Audi Q5 gris que está a la izquierda junto al paso de peatones —se escuchó por la radio y nos pusimos en posición para seguirlo.

Dos coches de los nuestro se pusieron atrás y dos aparecieron por los laterales.

Dejamos que salieran de esa calle al polígono que había cerca y allí lo cercamos y paramos, intentaron huir pero se vieron acorralados.

No intentaron nada, había una niña de por medio, pero como era de esperar ni rastro del “Popeye”, cada vez tenía más claro que teníamos un topo dentro del grupo.

Volvimos a Málaga, a las dependencias, Adrián y yo nos reunimos, los dos pensábamos lo mismo, nos estaban haciendo llegar información errónea y se están movimiento bajo pez en el agua, además que tenían comprado a algún informante de nuestro departamento.

De allí fui a casa, Lucía estaba esperándome con la misma sonrisa de todos los días, arrojándome cuando sabía que lo necesitaba, por mi rostro era capaz de predecir mi estado de ánimo.

El fin de semana se iba con su hermana Marta a Londres y eso me daba un margen de error, estaba pensando en hacer algo con Abigail, aunque me lo intentaba quitar de la cabeza, la idea no paraba de rondarme.

La semana la pasé ido, inquieto, no contesté ni abrí ese mensaje de ella, me daba miedo a hacerlo hasta que el jueves le dije que la recogería el viernes en la clínica que le tenía una sorpresa y aceptó rápidamente, se notaba que estaba deseando tener noticias mías.

Era una locura pero estaba dispuesto a cometerla, aunque fuera por última vez, al menos eso intentaría, tenía en la cabeza metido que quizás una vez más para terminar de quitarme esa obsesión que estaba sintiendo por ella.

Lucía se fue por la noche, me despedí de ella deseándole que pasara uno de sus mejores fines de semana.

Preparé las maletas y reservé una habitación en la Sierra de Cádiz, esta vez nos íbamos a un hotel en pleno paraje natural, quería paz, vino y sexo, que era lo que ella me provocaba, deseos y más deseos.

Me costó dormir esa noche, era todo una locura, me estaba jugando mi vida, mi matrimonio y a la mujer que adoraba, pero no podía frenarlo, ni siquiera quería, todo eso me estaba superando, me estaba volviendo loco.

Capítulo 12



- Mañana de estrés en el trabajo y deseando recoger a Abigail...
- Hola, preciosa —dije cuando se montó en el coche y la besé en la mejilla.
- ¿Un beso ahí? —puso los ojos en blanco.
- ¿Dónde lo quieres? —pregunté saliendo de esa calle para irme lo antes posible de la ciudad.
- No sé, pero esperaba otra cosa —hizo una mueca muy graciosa.
- La agarré de la mano y se la besé, luego me giré rápidamente para que me diera un beso en los labios.
- ¿Así mejor?
- Mucho mejor...
- ¿Qué tal?
- Pues mira, un poco rara, apareces y desapareces por arte de magia —puso cara de pena.
- He tenido mucho lío en el trabajo.
- Me dejaste loca los otros días con ese hombre que estuvo por mi clínica...
- Loco tiene él a medio mundo —resoplé.
- Hay algo que no sé... ¿Verdad?
- Hay muchas cosas que no te puedo contar...
- ¿Debo preocuparme?
- Y tanto, pero no se lo podía decir, empezando con que amenazaron con ella y terminando porque estaba casado.
- No, tranquila —mentí como nunca lo había hecho.
- Pasamos el camino charlando, contándome sobre sus días e incluso

recriminándome que no le contestara al mensaje, pero lo hacía bromeando, sin ninguna intención de peleas ni de echar nada en cara.

—Llegamos a un hotel en la Sierra de Cádiz, con unas vistas y una tranquilidad impresionantes.

—Dejamos las cosas en el hotel y bajamos a la terraza, en lo alto de la montaña estaba ese hotel dominando toda la sierra, toda una belleza para la vista.

—Pedimos una botella de vino, ella estaba muy cariñosa, me tenía agarrada la mano y puesta sobre su falda haciéndome cariños.

—Tengo la sensación de que te pasa algo que no me quieres decir —dijo cuando llevaba dos copas.

—¿Sí? —pregunté haciéndome el interesante.

—Sí...

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, pero tengo esa intuición —dijo jugueteando con la copa.

—No me pasa nada —le guiñé el ojo y apreté su entrepierna.

—Me gustas mucho —se estaba soltando estaba achispada.

—¿Mucho? —pregunté haciendo una mueca.

—Muchísimo...

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé, eres muy misterioso, apareces y desapareces de mi vida, no sé si soy un polvo o algo más —dio un trago haciéndose la graciosa.

—Eres más que un polvo, eres todos los que quieras...

—¿Solo eso?

—¿Qué más quiere ser? —pregunté jugándomela.

—Todo, quiero ser tu todo —se acercó y me dio un beso en los labios, luego se echó hacia atrás, sonriendo.

—El tiempo lo dirá —hice un guiño.

—Eso me suena a darme largas —su cara era un poema de gestos.

—No es dar largas, no me gusta apresurarme, soy de los que dejan fluir las cosas... —seguí mintiendo.

—Solo te pido que no juegues conmigo, estoy sintiendo mucho, hago locuras que nunca imaginé, apuesto por esto, pero si es un juego, avísame...

—¿Piensas eso?

—No, pero quiero advertirlo —me guiñó un ojo y volvió a besarme.

—Terminamos bebiéndonos dos botellas de vino, acabando revolcados en la habitación como dos fieras, con esos deseos que estuvimos provocando con cada gesto y palabra durante el rato que estuvimos en la terraza.

—Por la mañana desperté con una resaca impresionante, tenía una llamada de Lucía, así que dejé a Abigail durmiendo y me fui a la terraza de la habitación a hablar con ella, cómo no, mintiéndole de que estaba trabajando, como para decirle que tenía a una mujer desnuda en la cama y que había tenido sexo salvaje durante una gran parte de la noche.

—Abigail se despertó un rato después y nos fuimos a desayunar de nuevo a esa terraza, estaba cariñosa, feliz, como una niña enamorada y yo estaba sintiéndome culpable por el dolor que le iba a terminar causando, pero me negaba a dejar a mi mujer, esa que estaba seguro de que amaba para siempre.

—Pasamos el día en un pueblo muy bonito, tomando cervezas, probando tapas típicas de allí y paseando de la mano como una pareja normal sin una historia tan engañosa detrás.

—Por la noche en el hotel lo hicimos, pero de otra manera, pasión, romanticismo, de forma entrañable, como lo hacen dos personas que se aman de verdad, cosa que me daba miedo a sentir, pero que era inevitable no hacerlo.

—El domingo volvimos a Málaga después de desayunar y comer en el hotel, me hizo prometerle que le escribiría algún mensaje y que nos

volveríamos a ver el fin de semana.

—Se lo prometí, a pesar de saber que estaba jugando a un juego muy peligroso.

Capítulo 13



Había comenzado una nueva semana y yo estaba yendo a trabajar con la cabeza hecha un lío. Miles de pensamientos se remolinaban en mi mente. Por momentos estaba seguro de que Lucía era el amor de mi vida y que tenía que estar con ella, otras veces era Abigail la que ocupaba ese lugar, pensando que a quien de verdad amaba era a ella.

Joder, las quería a las dos, esa era la verdad.

—Buenos días... —dijo mi compañero cuando me vio entrar— O mejor no te digo nada, porque vaya careto me traes.

—No dormí bien —fui directamente a la cafetera que teníamos allí a hacerme un café triple si era necesario. Porque no había pegado ojo en toda la noche con la imagen de Abigail y esas horas que estuvimos juntos en mi cabeza mientras mi mujer dormía a mi lado como una pobre ingenua.

—Ya veo, ya... Pero la noticia que te voy a dar te va a sentar mejor que toda esa cafeína que quieres meterte por el cuerpo.

—Habla —me giré a mirarlo mientras seguía rellenando la primera taza de café.

—Nos han llamado hace unos minutos, lo tenemos —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ah... ¿Que tenemos a quién? —pregunté en ese momento despistado.

—Al “Popeye”, ¿a quién más? —puso los ojos en blanco— Estás en el trabajo, ¿recuerdas?

—Joder —dejé la taza en la mesa y me masajé las sienes—, si es que aún no desperté.

—Pero tómate el café, que sí que te hace falta... —le hice caso a mi amigo, volví a coger la taza y bebí un largo trago.

—Venga, escupe.

—Un golpe de suerte, por llamarlo de alguna forma. Ha tenido un accidente en coche, el vehículo se estrelló contra la mediana de la autovía y está vivo, el conductor también, en revisión médica para fracturas, etc., ya sabes... Ya hay una pareja de policías custodiando la puerta de la habitación, él está bajo arresto. Iba a mandar otra pareja de compañeros para que estén pendientes a las afueras del recinto. Por nada del mundo se nos puede escapar y conociendo a este tipo de gente, nunca hay demasiada seguridad.

Sí, eso lo sabía bien...

—Sí, lo sé. Mándalos ya. El recinto lo más vigilado que se pueda hasta que ese desgraciado esté entre rejas.

—No te preocupes, de ahí no va a salir en muchos años. Tenemos que hablar con el fiscal.

—Pues manos a la obra.

Había sido más que un golpe de suerte que lo tuviéramos bajo custodia policial, ahora a seguir todos los pasos para que cuando saliera del hospital, fuera directamente a prisión provisional y a conseguir, además, cosa que no sería muy difícil, que se le celebrara un juicio rápido con una pena alta. Pero con el historial de semejante delincuente, eso iba a ser pan comido.

Salimos de las dependencias policiales para ir a buscar al fiscal y ponerlo al tanto del todo, mi compañero mandó a otra pareja de policías para el hospital, para que patrullaran las afueras y nosotros nos dedicamos a lo que teníamos que hacer.

El alivio que tenía por esa parte era increíble. El “Popeye” estaría pronto entre rejas. Dios, no me lo podía creer.

Eso servía para aliviar parte de mi mente, o al menos para tapan por unas horas todo lo que no podía controlar estos días atrás con lo que estaba sucediendo en mi vida personal.

Y aunque fuera por unos instantes, agradecía que mi mente se centrara en algo más. Sobre todo si ese algo más era ese hombre al que tantas ganas de tenía de ver entre rejas.

Era bastante tarde cuando entré en mi casa, estaba más que agotado, pero contento porque todo iba sobre ruedas, pronto estaría ese monstruo en la cárcel, cumpliendo la condena que le tocara cumplir. Personalmente, después de las amenazas que había sufrido la gente que quería por él, estaba más que satisfecho.

En el momento en que entré en casa, todo se me vino encima de nuevo. Como si fuera una gran losa sobre mi cabeza. Los recuerdos de Abigail, lo que le estaba haciendo a mi mujer... Era un capullo de primera.

Saludé a Lucía con un beso y me metí en el baño, necesitaba mojar mi cara y aliviar algo de tensión. Tal vez una ducha me vendría mejor.

Mientras me quitaba la ropa, me di cuenta de que no había mirado el móvil en todo el día, tan enfrascado estuve con el trabajo. Y ahí tenía un mensaje de Abigail...

“Fue un fin de semana estupendo. Gracias por tanto y espero que no vuelvas a desaparecer...”

Sonreí, a su manera las tiraba todas, no se callaba nada. Y me dispuse a responderle.

“Hola, preciosa. Perdona pero tuve un día de trabajo muy duro. Para mí también fue especial y no te preocupes, sigo por aquí.”

Le puse un guiño al final y vi cómo lo leía rápidamente y me respondía.

“No veo la hora de repetirlo.”

Cerré los ojos, a mí me pasaba exactamente lo mismo, con ella no era suficiente nunca. Sin pensármelo, se lo escribí.

“Ni yo tampoco...”

Esa era la verdad. Y que estaba jodido la verdad aún más grande.

Me metí en la ducha y dejé que el agua me limpiara el cuerpo, ya que nada podía parar ni limpiar el remolino de pensamientos que tenía en mi cabeza. Mi mujer estaba en casa y yo no dejaba de engañarla. Y, lo que era peor, no quería dejar de ver a Abigail. Me iba a volver completamente loco.

¿Pero qué podía hacer?

En momentos como ese sabía que no quería perder a ninguna de las dos y aunque eso no era posible y lo sabía, era eso lo que pensaba.

¿Cuánto más iba a soportar jugar a dos bandas sin que me afectara demasiado?

Poco. O nada. Porque la verdad era que ya me estaba costando mucho más de lo que yo mismo quería reconocer.

La semana se me pasó demasiado lenta. No podía dejar mis asuntos personales a un lado e incluso en el trabajo se notaba que no estaba centrado en las cosas. Adrián me dio varios toques de atención, pero no surtían efecto. Mi mente divagaba con toda la preocupación que tenía encima.

Y, para colmo, yo tampoco la ayudaba a calmarse si no dejaba de escribirme mensajes con Abigail.

En casa las cosas estaban algo tensas. Lucía lo achacaba a mi trabajo y yo no iba a contradecirla diciendo que eso no era cierto, más valía que pensara eso que otra cosa. Al menos hasta saber cómo iba a seguir con todo eso, tenía que hacer algo ya. Porque así no podía seguir.

Rechacé la proposición de Abigail para vernos el sábado, le dije que tenía un compromiso importante. Ella me dijo que el viernes también estaría ocupada, que era una pena que no pudiéramos coincidir. Si ella supiera lo que iba a hacer en realidad...

Viernes por la mañana, deseando que acabara esa semana y poder pasarme el fin de semana sumido en mis pensamientos cuando recibo una llamada de Lucía.

—Hola... —respondo, cansado.

—Hijo, últimamente estás de un humor...

—Lo siento, solo estoy cansado.

—Lo sé, amor y lo siento. Pero llamaba para recordarte lo de esta noche.

—¿Esta noche? ¿Qué pasa esta noche?

—Tenemos la fiesta de compromiso del director del hospital, ¿lo recuerdas?

Puse los ojos en blanco, pues no, no lo recordaba. Era un hombre influyente y además, amigo de mi esposa. Hacía semanas que sabía lo de esa fiesta y no me había acordado. A la mierda mis planes de pasarme el fin de semana sumido en mis pensamientos. Joder... ¿no podía librarme de eso?

—No, no puedes faltar —me dijo como si me leyera los pensamientos.

—No iba a faltar —mentí, porque pensar sí lo estaba pensando—, es solo que con tanto trabajo no me acordé.

—Bueno, para eso te llamo a recordártelo con poco tiempo, para que no me inventes una excusa de última hora.

—Como si lo hiciera alguna vez —dije ofendido.

—Amor, estoy bromeando —rio—, de verdad que estás de un susceptible... Bueno, nos vemos más tarde en casa, yo dejé tu traje listo antes de venirme a trabajar, así que no tienes que preocuparte por nada.

—Gracias...

—Por nada, pero por favor, cambia el humor aunque sea por hoy, deja el trabajo en la oficina, ¿vale?

—Está bien.

—Te quiero, nos vemos luego.

Colgué la llamada y suspiré. En un segundo se me había ido todo al traste. Una fiesta de compromiso, lo que me faltaba en ese momento... Y además de un hombre que era la tercera vez que se casaba, eso sí, esa vez con

la definitiva. O eso decía él cada vez que contraía matrimonio.

La definitiva no era seguro, pero la más joven sí, podía ser su abuelo.

En fin... Fiesta a la vista. Adiós a mi plan de relax.

Cuando llegué a casa, vi el traje preparado, incluso los zapatos, la corbata... Todo listo para ponérmelo, igual que lo que iba a ponerse Lucía.

Mi mujer no tardó en llegar. Una ducha rápida para ambos, a coger el coche y salir para la mansión del prometido. La casa que tenía ese hombre hacía ver que problemas de dinero no es que tuviera precisamente. Un chalet de lujo a las afueras de la ciudad, impresionantemente grande y con todo decorado de forma lujosa. Demasiado recargado.

Bajé del coche, le abrí la puerta a Lucía y agarrados de la mano, entramos en la casa, ya llena de gente aunque aún era algo temprano.

—Vaya, pero si ya llegó la pareja perfecta...

Escuché ese comentario y sonreí. Hacía tiempo que no veía a mi amigo Lucas, uno de los compañeros de trabajo de mi esposa, un cardiólogo de mucho prestigio que intentó ligársela en nuestros años de juventud. Pero me la llevé yo y nunca me lo perdonó. Eso decíamos siempre que queríamos picarnos el uno al otro.

Me giré para saludarlo con algún comentario borde, de los míos y me quedé completamente estupefacto cuando la vi a su lado.

—¿Estás perdiendo facultades? —rio mi amigo cuando me quedé sin poder articular palabra.

Abigail estaba con él, mirando mi cara y mi mano alternativamente. Esa mano que aún seguía entrelazada con la de mi esposa. Esa mano que le estaba diciendo, en ese momento, mucho más de lo que yo hubiera dicho nunca.

—Menos mal que la sala está llena de médicos, porque parece que le va a dar algo —rio Lucía.

Carraspeé y miré a mi amigo. Me acerqué a él y le di un gran abrazo.

—Es que estás más calvo, me has dejado sin palabras —dije intentando bromear.

—Todos no tenemos buenos genes —dijo señalando mi pelo—. Y tú cada día más bella, seguiré sin perdonarte que te la quedaras para ti —miró primero a Lucía y luego a mí.

—Ya lo superarás —rio mi esposa.

—O no... —suspiró él— Bueno, estoy siendo un desconsiderado. Abigail... Ellos son dos grandes amigos. Lucía y su esposo Samuel. Abigail, Samuel... Ella es Abigail, familia de la futura esposa —sonrió.

Mierda... Abigail estaba completamente blanca, tampoco podía reaccionar. Y yo temiendo que se nos notara algo, que armara un espectáculo... Joder, me estaban entrando unos sudores fríos impresionantes.

—Encantada —dijo ella forzando una sonrisa que para cualquiera hubiera parecido verdadera, pero que yo sabía muy bien que era todo menos eso—. Espero que todo sea de vuestro gusto, si me disculpáis, voy a ayudar un poco a la novia.

Y ahí, mientras se giraba, vi cómo las lágrimas que no había derramado en ese momento comenzaron a caer por sus mejillas. Me sentía un mierda, la había herido como nunca quise hacerlo.

—¿Una copa? —preguntó mi amigo.

Afirmé con la cabeza, era mejor empezar ya, pero con una no iba a tener suficiente.

Dos horas después, ya había perdido la cuenta de todas las que me había tomado y seguía sin estar borracho como seguía sin ver a Abigail. La había buscado con la mirada por todos lados. Y no la había vuelto a ver.

Y por más que intentaba meterme en la fiesta, no había manera de que lo hiciera. No podía concentrarme, solo podía buscarla y buscarla con la mirada y estar cada vez más nervioso e intentando que mi esposa no notara

absolutamente nada.

La fiesta fue un suplicio, la peor fiesta de la historia. Casi al final pude verla cerca de la novia. Nuestros ojos se encontraron y yo intenté decirle con la mirada... ¿Qué? ¿Que no era lo que pensaba?

Claro que lo era, si es que no podía engañarla más.

Ella retiró su mirada de mí rápidamente, no sin que yo antes pudiera ver que sus ojos se anegaban de nuevo. Sabía que lo estaba pasando mal y yo también, pero allí no podía acercarme a ella sin que nadie lo notara y la gente no comenzara a preguntarse cosas. No podía armar un escándalo allí. Y la verdad es que ella se había comportado de manera ejemplar.

—Samuel...

—¿Sí?

Miré a mi esposa, prestándole atención cuando me habló. En ese momento todo cobró vida, salí de mis pensamientos rápidamente y me centré de nuevo en el lugar en el que estaba. El discurso del novio había acabado, ahora era el turno de la novia.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupada.

—Sí...

—No me mientas, no tienes buena cara. ¿Bebiste demasiado?

—No estoy borracho, Lucía.

—Ya sé que no, pero quizás te sentó mal... No lo sé, estás muy extraño.

—Te dije que solo es cansancio, se me pasará cuando duerma.

—Pues no se te pasó en días —dijo ella con ironía—. Cuando terminen de hablar, los felicitamos y nos vamos porque de verdad que me tienes preocupada.

Más preocupado estaba yo y no precisamente porque estuviera cansado...

El discurso de la novia terminó e hicimos lo que dijo mi mujer, acercarnos a ellos para felicitarlos por su compromiso y por la fiesta y nos

marchamos de allí rápidamente.

Llegué a casa, me quité la ropa y me dejé caer sobre la cama. Tenía ganas de chillar, de golpear algo, de sacar todo lo que tenía en el cuerpo por la impotencia de lo que había pasado.

Lucía entró en el dormitorio, me vio y tras suspirar, se fue de allí, dejándome solo. Era lo mejor que podía hacer.

Noté cómo mi móvil vibraba y lo cogí rápidamente. Era un mensaje de Abigail.

“Eres un cabrón.”

Mierda... Sí que lo era y le había hecho daño. La había herido profundamente y la había jodido, quizás, para siempre. Y pensar eso hizo que mi corazón diera un vuelco porque, tenía que reconocerlo, no podría soportar perder a Abigail. Lo que fuera menos no tenerla a ella en mi vida.

El fin de semana es una mierda, como ya había imaginado. Me hice el enfermo y me quedé en la cama. Notaba a Lucía preocupada, le decía que no era nada, que todo era por el cansancio y el estrés acumulado, que solo necesitaba descansar y ya.

Pero todo era a nivel mental. Me sentía lo peor del mundo.

No solo las había engañado, sino que además Abigail se había enterado de una de las peores formas posibles. No podía con los remordimientos, no se me iba la imagen del dolor que ocultaban su rostro y sus ojos cuando me vio con Lucía, cuando se enteró de que estaba casado.

Tenía que estar odiándome, de eso no tenía dudas. Además de tener que estar destrozada.

—Samuel...

Ni siquiera le contesté, era ya domingo y venía cada dos por tres a ver si me encontraba mejor.

—Samuel, estoy preocupada. ¿Estás bien?

Puse los ojos en blanco, no sabía qué me pasaba con ella, era como si en el fondo la culpaba por el dolor de Abigail. Estaba siendo irracional, ella no tenía la culpa de nada, era otra víctima mía más, otra a la que estaba engañando, pero no quería hablar con ella, solo quería estar solo y que me dejara en paz con mis pensamientos.

Solo quería decirle a Abigail... No sabía qué, solo explicarme antes de que me odiara más de lo que ya lo hacía.

—Estoy mejor —mentí.

—¿De verdad? No sabes cuánto me alegra oír eso. He preparado tu plato favorito, ¿te apetece comer conmigo?

Noté una punzada en el pecho por el dolor que le estaba también causando a ella al tenerla preocupada por cómo estaba yo actuando.

—Claro que sí —la miré y sonreí, no se merecía lo que le estaba haciendo—. Dame cinco minutos.

Me sonrió iluminando la habitación y yo me sentí más canalla aún. Me levanté poco después, dispuesto, al menos, a que lo que restaba de día ella no se sintiera asustada y empezara a pensar lo peor. Pero viendo cómo me miraba, sabía que ya era demasiado tarde.

Estaba más que preocupada y yo lo único que quería era salir huyendo de allí.

E ir a buscar a Abigail.

Pero lo logré, al menos mantenerme tranquilo a su vista. Conseguí que saliera un rato con sus amigas a tomar café, no era necesario que se quedara en casa. Ya solo tuve el impulso de llamar a Abigail, pero logré contenerme. No podía hacerlo así, se merecía más que una llamada.

Y, además, ¿qué iba a decirle?

Me acosté de nuevo y ni me enteré de que la tarde pasaba. Mi cuerpo no daba mucho de sí, era mi mente la que mandaba y mi mente solo quería pararse

y dejar de pensar en cómo la estaba fastidiando.

En cómo la había fastidiado ya.

Capítulo 14



El lunes, cuando llegué al trabajo, las cosas no habían mejorado mucho. Adrián me preguntó y al final tuve que contarle qué era lo que estaba pasando. No me juzgó, solo me dijo que así no podía seguir. Y yo lo sabía también.

Salí a media mañana a desayunar y fui en busca de mi hermano, desesperado por contarle lo que pasaba y sabiendo que tampoco podría ayudarme, pero a lo mejor me hacía ver las cosas con claridad.

—Joder, no sé qué decirte —dijo, poniendo en palabras lo que yo ya sabía.

—La he jodido...

—Sí, pero eso ya lo sabíamos. ¿Y ahora qué harás?

—No sé qué hacer...

—Bueno, es simple. Olvídala. Lucía no sabe nada y no tiene por qué saberlo, así que después de actuar como un gran capullo, has tenido hasta suerte.

—Es que no quiero olvidarla.

—¿De qué estás hablando, Samuel? Te estás jugando tu matrimonio como sigas por ahí.

—¿Y no está roto ya? —pregunté con amargura.

—No lo sé, dímelo tú, porque hasta hace nada te creía completamente enamorado de tu mujer.

—Y lo estoy... O lo estuve... Pero quiero a Abigail.

—Ay, Dios mío —se pasó las manos por el pelo—. Pues sí que la has jodido bien. Y, además, puedes quedarte sin las dos, otra posibilidad que no deberías descartar.

—Ya estoy sin las dos...

—No, estás con Lucía. La quieres, la adoras, la otra solo es un capricho.

—No es un capricho. Joder, ¿no lo entiendes? ¡Me he enamorado de ella!

Mi hermano me miró con ganas de asesinarme.

—Muy bien, te has enamorado de ella. ¿Y qué sientes por Lucía?

—También la quiero...

—No me jodas, ahora tengo un hermano que quiere ser bígamo —rio.

—No estás ayudando...

—¿Y cómo te ayudo? Primero decide qué quieres y después la actúas. Y en lo único que puedo ayudarte es en decirte que te has portado como un cabrón, pero eso ya lo sabíamos...

La conversación con mi hermano me ayudó más bien poco. Volví al trabajo e intenté centrarme en él. Cuando acabé, antes de irme a casa, cogí dirección a la clínica veterinaria de Abigail. No sabía qué iba a decirle, pero tenía la necesidad de verla y de explicarle algo, si es que me dejaba hacerlo.

Aparqué en segunda fila cuando la vi cerrando la clínica. Me bajé del coche y me acerqué a ella.

—Abigail...

Noté cómo se tensaba al oír mi voz. Se dio la vuelta lentamente y me miró con los ojos fríos como el hielo.

—¿No te quedó claro mi último mensaje?

—Lo de que soy un cabrón no es una novedad —dije amargamente.

—¿Y tienes el descaro de venir aquí? ¿De ponerte delante de mí?

—Necesito explicarte...

—¿Explicarme qué? —preguntó tras reír cínicamente— No tienes nada que explicarme. Lo que tenías que explicar en su día, cuando me conociste, fue que estabas casado. Pero me engañaste. Fuiste un cobarde y lo has seguido siendo. ¿Tan poco respeto merezco para ti?

—Las cosas no son así...

—Ah, ¿no? ¿Y cómo son? No, espera. Tal vez no son así. Porque la culpa

es mía por confiar en alguien que no conozco. Por hacer la locura de irme un fin de semana con él ¡porque me enamoré! Sí, me enamoré, que también soy culpable de eso, de ser una soñadora. Y no siquiera me cuestioné nada. Así que estate tranquilo, todo es culpa mía.

Se fue a ir y la cogí por el brazo.

—No me toques —dijo con rabia.

—Tienes que dejar que me explique.

—¿Que expliques qué? ¿Más mentiras?

—Te quiero, Abigail.

—Ah, sí, como supongo que quieres a tu mujer —en ese momento su fachada de mujer fría se cayó y comenzó a llorar—. No seas cínico.

—No lo soy. Por favor, lo hice mal. La cagué, sí. Pero no te dije la verdad y después de lo que ocurría entre nosotros, solo no pude.

—¿No pudiste decirme que eras un hombre casado?

—Mierda, no lo hice y lo siento.

—Yo también lo siento. Lo siento porque lo que yo sentía por ti era sincero. Lo siento porque mis sentimientos no han sido una mentira. Lo siento, por haberte creído. Por haberme enamorado de ti. Por haber permitido que jugaras conmigo.

—No jugué contigo.

—Y lo siento, por haberte conocido. Eres un cabrón, esa es la única verdad.

—Insúltame si quieres, pero dame la oportunidad de explicarme.

—No, no hay nada que explicar. Todo está muy claro. He caído como una tonta. ¿Con cuántas más la has engañado?

—Nunca la engañé...

—Oh, vaya, no sé si sentirme ofendida por ser la primera mujer con la que engañas a tu esposa o sentirme afortunada por eso —dijo con ironía.

—Abigail. Insúltame. Golpéame si quieres, pero tengo derecho a explicarme.

—Tú ya no tienes derecho conmigo a nada.

—Os quiero...

—¿A las dos?

—Abigail...

—Solo déjame en paz, por favor, no quiero verte más.

Salió corriendo y no pude detenerla. Maldije mil veces y golpeé la pared, sin importarme si me lastimaba. Estaba más que dolida, estaba herida profundamente y yo era el único culpable. Y como bien me había dicho, no merecía la oportunidad de explicarle nada.

Pero yo no podía dejar las cosas así, yo tenía, al menos, que intentar hablar con ella. Yo tenía que solucionar las cosas.

Porque lo único que sentía en ese momento es que no podíamos terminar así. Lo nuestro no había sido un juego y ella tenía que saberlo y, me costara lo que me costara, tenía que explicarle que para mí, ella, había sido mucho más que lo que parecía.

Porque, como bien le dije, la quería.

Es más, estaba enamorado de ella. Como estaba enamorado de mi mujer.

Llegué a mi casa hecho una mierda. Lucía me vio la cara y no dijo nada, yo imaginaba que ya no sabía ni qué decir.

Me di una ducha y me puse cómodo.

—¿Aún cansado? — me preguntó cuando me vio en el sofá.

—Ha sido un día pesado.

—Y veo... Bueno, yo iba a decirte de salir a dar una vuelta.

—Lucía, solo me apetece descansar.

—Como quieras, ya me voy sola.

Cogió su bolso, enfadada y se fue. A mí en ese momento me daba igual,

ya se le pasaría y yo no estaba para tonterías.

Cuando se marchó, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Abigail.

“Por favor, déjame hablar contigo. Necesito explicarte.”

Como imaginaba, no tuve respuesta. Maldije de nuevo y, frustrado, cogí una lata de cerveza, pues anda que había empezado la semana bien. Peor de lo que terminó...

Cuando Lucía llegó con la cena, había comprado comida china, me senté a comer con ella. Yo me mantenía en silencio y le contestaba, de vez en cuando, con monosílabos. Sabía que no lo estaba haciendo bien, ella no se merecía eso, pero no podía actuar de otra forma. Me sentía como una mierda.

Y me dolía, me dolía ver el dolor en su mirada, pero en ese momento todo estaba en un segundo plano. Yo estaba solo pensando en cómo hacer para que Abigail quisiera hablar conmigo, que me diera al menos la oportunidad de explicarle todo, mi mente solo iba hacia eso. Todo lo demás era como una neblina, como si no tuviera importancia ninguna.

No me gustaba actuar así, pero no sabía hacerlo de otra forma.

Me acosté rápidamente y seguí con mi rutina del último fin de semana, pasar todo mi tiempo libre en la cama.

El jueves por la tarde, mientras Lucía iba a comprar comida y a lo cual no quise tampoco acompañarla, me llamó mi hermano al móvil.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer el capullo?

—Lucía te llamó, ¿no?

—Claro que lo hizo, estaba llorando y preocupada. Joder, ¿Qué está pasando contigo?

—Solo necesito descansar.

—No, necesitas una buena hostia, Samuel. Joder, te vas a cargar tu matrimonio también por no poder superar esto. La cagaste, muy bien, olvídalo y sigue. Te dije que no tiene que saber nada, pero no le hagas daño

comportándote así.

—No le estoy haciendo nada...

—Ese es el problema, que no estás haciendo nada. Se siente un cero a la izquierda, por no decir que piensa que estás enfermo y que no le quieres contar.

—¿Pero no sabe que...?

—No, no lo sabe, ni se le pasa por la mente porque la pobre ingenua confía en ti.

—Estás siendo injusto.

—Una mierda injusto. Eres tú el que la engañaste siendo consciente de lo que hacías, ¿y yo soy injusto por decirte la verdad? Reacciona, deja las cosas pasar, pero deja de cagarla.

—Es que no puedo pasar, quiero hablar con Abigail. Intenté hablar y...

—¿Intentaste hablar con ella?

—Sí, pero no quiere saber nada de mí.

—Obvio...

—Tengo que explicarle.

—No, no tienes nada que explicarle. Tienes que intentar no cargarte más tu matrimonio. Porque quieres seguir con él, ¿no?

Me callé, ni yo sabía qué responder a eso en ese momento.

—Joder, Samuel, no me lo puedo creer...

—Me enamoré.

—Ya veo... Tanto como para tirar por la borda todo.

—Yo no dije que vaya a hacer eso.

—¿Entonces qué estás haciendo? Mira, hermano, te quiero mucho pero si tengo que ir a levantarte de esa cama a la fuerza y golpearte para que dejes de actuar como un tremendo imbécil, lo haré. Así que antes de tomar una decisión, hazme el favor de pensar bien las cosas.

—¿Y qué crees que estoy haciendo?

—Nada, no estás haciendo nada. Porque es que las quieres a las dos. Hay que joderse... Primero averigua a quien quieres en tu vida y después actúa. Pero ninguna de las dos se merece que juegues con ellas.

Me colgó y yo resoplé. No me decía nada nuevo. No me decía nada por lo que yo no me comiera ya la cabeza, sabía que tenía razón, pero en ese momento no podía pensar con claridad, solo necesitaba hablar primero con Abigail, contarle toda la verdad y después aclarar el remolino de pensamientos y sensaciones que tenía en mi cuerpo.

Cuando Lucía llegó, intenté cambiar mi actitud, al menos no ser tan tosco con ella. Porque es que no lo merecía.

La ayudé, en silencio, a preparar la cena y vi que eso la animaba al menos un poco, pensando que quizás yo empezaba a ser el de siempre.

Pero yo sabía la verdad, nunca podría ser ya el de siempre. Y no solo por lo que había hecho, sino porque esa otra mujer había calado en mi vida. Había entrado profundamente en mí y no quería olvidarla.

Miré a mi esposa y la culpabilidad volvió a hacerse presente. No se merecía nada. La quería, siempre lo había hecho y aún la amaba, pero las cosas ya no eran iguales.

Había algo que me pasaba con ella y aún no podía expresarlo y no era solo que otra mujer ocupara todos mis pensamientos, era algo mucho más profundo.

Me senté con ella después de cenar mientras veía algo en la televisión. Cogió mi mano y me dio un apretón, diciéndome sin palabras que estaba ahí, que estaría ahí. Que me pasara lo que me pasara, contara con ella.

Solo que ella no sabía qué era lo que ocurría.

Si llegaba a saberlo, iba a odiarme tanto o más de lo que nunca había sido capaz de amarme. Y yo sabía que era bastante.

Porque yo la había querido igual. Yo la seguía queriendo. Pero las cosas, para mí, ya eran muy diferentes.

Ahora estaba Abigail y yo necesitaba a Abigail cerca.

Capítulo 15



La semana fue horrible. Por más que yo intentaba e intentaba mejorar y que Lucía no notara que seguía extraño, no tenía manera de ocultar que yo seguía sin estar bien. Le había mandado mensajes a Abigail hasta la saciedad, insistiendo en que me diera, al menos, la oportunidad de hablar con ella, pero no había obtenido respuesta ni una sola vez.

El viernes, cuando llegué a casa, me encontré a Lucía sonriendo y una mesa adornada y preparada con una merienda romántica.

—Espero que te guste... —dijo sonriendo.

Me acerqué a ella y sonreí.

—Claro... pero no tengo mucha hambre, vengo de...

—No me jodas, Samuel —dijo enfadada.

—¿Desde cuándo hablas así?

—Desde que mi marido no me dice qué es lo que le está pasando.

—No me está pasando nada. Solo estoy...

—Cansado. Sí, solo estás cansado. Y yo soy imbécil, ¿no?

—No te insultes.

—¡Pues empieza por no insultarme tú!

—Jamás lo hice.

—Lo haces, llevas semanas haciéndolo. ¿Crees, de verdad, que puedes decirme que todo esto es cansancio? Soy enfermera, sé lo que es el cansancio, Samuel. Me estás ocultando algo y quiero saber qué es.

—Lucía...

—No me digas que no puedes. Si es de trabajo, por una maldita vez suéltalo, pero no dejes que te consuma. Porque no solo te está consumiendo a ti, ¡se está cargando nuestro matrimonio!

—Lucía, relájate.

—No quiero relajarme, ¡joder! —arqueé las cejas al oír de nuevo un taco de sus labios— Quiero que vuelva mi marido. Quiero que vuelva mi amigo, ese que sabe que puede contarme las cosas. No sé qué te está pasando, pero no me dejas ayudarte si no me cuentas.

—No es nada.

—No me vuelvas a decir que no es nada. No me vuelvas a mentir —me advirtió con rabia.

—Pasará, en unos días estaré mejor —intenté relajarla.

—Bueno... ¿Es que me crees imbécil?

—No.

—Pues eso parece. ¿Te crees que con eso voy a quedarme tranquila?

—¿Y qué quieres que te diga?

—La verdad. ¡Quiero que me digas la verdad!

Apreté la mandíbula, no había nada que decir. No iba a decirle nada, se pusiera como se pusiera.

—Solo estoy cansado...

—Que te den, ¿me oyes? ¡Que te follen! —gritó antes de coger su bolso y salir de casa tras dar un portazo.

Me odié a mí mismo, pero es que no podía decirle nada. Las cosas, desde ese momento, solo fueron a peor. Porque yo cada vez soportaba menos las preguntas, los reproches. Cada vez soportaba menos verla. Y aunque era un sin sentido, así era lo que estaba sintiendo.

Y, sin embargo, Abigail estaba más aún en mi mente.

Iba a volverme completamente loco.

Volvió a casa y ni me miró y yo lo preferí. Me senté en el sofá cuando ella se acostó y con el móvil en la mano, fui a mandarle otro mensaje a Abigail. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que me había

¿bloqueado?

Mierda, no podía ser. Eso no podía estar ocurriendo. Necesitaba hablar con ella.

Es que no podía olvidarla.

Me tumbé en el sofá, dispuesto a dormir allí cuando las imágenes de mis momentos íntimos con Abigail llenaron mi mente. Eso parecía ya una obsesión, y conociéndome bien, sabía que hasta que yo no solucionara o, al menos, pudiera hablar con ella, no iba a quedarme tranquilo.

Y la cosa, cuanto más pasaban los días, más de mal en peor iban.

Capítulo 16



Otro fin de semana de mierda más. Otro lunes más...

Cuando llegué a las dependencias policiales, al menos me esperaba una buena noticia.

—Buenos días —dijo Adrián al verme—, aunque parece ser que para ti siguen sin serlos.

—No estoy para sarcasmos.

—Bueno, perdone usted. Pero te voy a alegrar el ánimo un poco. Tómame un café, o dos, porque nos vamos en media hora.

—¿A dónde?

—Al juzgado, ¿o no quieres estar en primera fila cuando el juez dicte sentencia para el “Popeye”?

Sonreí, eso sí que iba a animarme. Había estado demasiado tiempo en el hospital, unos días atrás lo habían trasladado a la cárcel, en prisión preventiva, hasta la vista con el juez. Y el viernes, cuando me marché a casa, aún no estaba claro qué día sería eso.

Así que llegar y encontrarme con esa noticia, era lo mejor que me podía pasar.

Me tomé dos tazas de café y salimos hacia los juzgados. Nos sentamos, esperando a que la sala se llenara. El juez, el fiscal, el abogado, la prensa... Todos sentados y listos para empezar con ese juicio que no me hubiera perdido por nada del mundo.

Las pruebas eran claras, las penas que se pedían para él también. El “Popeye” fue condenado a quince años de prisión, poco en mi opinión, pero lo correcto legalmente.

Cuando se levantó de su asiento, nos miró a mi compañero y a mí.

—Os tengo vigilados, a vosotros y a todos los que queréis, no creáis que el “Popeye” está terminado.

Sabía qué significaba esa amenaza. Él podía estar en la cárcel, pero sus secuaces eran otra cosa. De todas formas, no me daba el mínimo temor. Sabía también cómo eran de vendidos y traicioneros en ese mundo y cómo se mataban unos a otros por mantener el poder.

Y él estaría muchos, muchos años entre rejas.

Me abracé a mi compañero y salimos de allí con una sonrisa en la cara. Nos paramos a desayunar mientras hablábamos sobre cómo había acabado en la cárcel y, aunque me parecía imposible pude, por unas horas, olvidar el caos en que se había convertido mi vida.

Ya con esa alegría en el cuerpo de ver a ese delincuente privado de libertad, la mañana se me pasó mejor y mi humor había cambiado un poco. Al salir del trabajo, como no podía dejar de pensar en Abigail y no podía escribirle mensajes porque no le iban a llegar, decidí arriesgarme e ir a buscarla de nuevo.

—¿Otra vez aquí? —me preguntó al verme.

—Abigail. Por favor...

—No quiero hablar contigo, Samuel.

—Mira, de verdad. Solo déjame explicarme. Después de eso, si no quieres verme más, desaparezco. Pero al menos necesito que tú sepas cómo fueron las cosas. Necesito que sepas la verdad.

Vi su lucha interna y la miré sinceramente, rogándole con la mirada.

—¿Me dejarás en paz entonces?

—Si es lo que quieres, sí.

Afirmó con la cabeza y caminamos hasta un restaurante cercano. Pedimos algo de tomar y esperé a que el camarero nos trajera la bebida para poder

hablar.

—No sé por qué lo hice, esa es la verdad.

—No empiezas muy bien —me dijo.

—Solo déjame hablar, después decides. Tenía que habértelo dicho, pero no lo hice. Nunca engañé a mi mujer, en nada. Por eso no puedo justificar qué me ocurrió contigo, porque no tiene excusa. No te conté que estaba casado y cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, ya era tarde, ya me había enamorado de ti.

—¿Tan poco la quieres a ella?

—No es eso... no seas cruel.

—No soy yo quien estuvo con dos a la vez.

—Empecé a sentir por ti. Desde el mismo momento en que te vi, algo se movió en mi interior. No sé qué pasó y no tengo justificación, pero te mentí, os engañé a las dos. Pensé que sería solo sexo y que podría llevarlo sin sentirme culpable, pero en el fondo sabía que contigo era mucho más. Y se convirtió en más... Tanto que me enamoré de ti.

—¿Y esperas que crea eso?

—Esa es la verdad —la miré sinceramente—. Lucía no sabe nada. Pero imagina que algo pasa, aunque confía en mí y no piensa en algo así. Y yo soy un cabrón, sí, porque no le conté, no fui capaz de hacerle ese daño, te hice daño a ti también y ahora no sé cómo remediarlo.

—¿Qué quieres, Samuel?

—A ti. Esa es la verdad, te quiero a ti. Te echo de menos.

—Tienes que entender que no confíe en ti.

—Lo entiendo... No es para menos.

—He llorado mucho, ha sido muy duro para mí sentirme engañada. Y no te mereces otra oportunidad.

—Lo sé...

—Yo no habría tenido nada contigo sabiendo que estás casado.

—También lo sé.

—No sé qué decirte...

—Que me perdonas, al menos que me perdonas.

—Tardaré en hacerlo. Yo te quise de verdad, Samuel.

—¿Me quisiste? ¿En pasado?

Vi la tristeza en su mirada y me dolió.

—No, lo peor es que te sigo queriendo, pero...

—Yo también te quiero a ti.

—Pero tú continúas casado. Mira, Samuel. Yo, conscientemente, no voy a estar en medio de un matrimonio. Te he escuchado, como querías. Pero no te creo. Porque si de verdad me quisieras, no seguirías con ella.

—Las cosas no son tan fáciles...

—No, no lo son, pero para mí tampoco. Así que... Es momento de adiós.

—¿Me darías alguna vez una oportunidad?

—La tuviste...

—No, siendo libre.

Tragó saliva, se levantó de la mesa y se acercó a mí.

—¿Qué me estás pidiendo? —me preguntó cuando me levanté.

—Que estés conmigo.

—Si fueras un hombre libre...

—¿Y si lo soy?

—Pero no lo eres. Si lo fueras, te daría la oportunidad.

—Entonces lo seré.

—Palabras, Samuel. Contigo no me valen, ya no te ganas mi confianza así.

—Te lo demostraré.

—Mira, sí, lo harás. Tienes un mes. Si en un mes me buscas como un hombre libre que aún sigue pensando que me quiere, entonces te prometo darte

la oportunidad. Si no lo haces, sabré que todo fue palabrería.

—¿Un mes?

—Un mes, eso es lo que tienes para demostrarme si son solo palabras o a ese amor que dices tenerme lo acompañan los hechos.

Me miró fijamente y se fue del restaurante, dejándome sin poder reaccionar. Eso significaba que no estaba todo perdido con ella, ¿no?

Después de dos cervezas, me fui a casa. Lucía estaba allí, con una cara de mal humor increíble y no era para menos después de como la estaba tratando. Y yo, en vez de suavizar las cosas, verla me puso de peor humor.

—Qué alegría —dije con ironía.

—¿Y qué esperabas? ¿Un payaso para darte la bienvenida? No creo que merezcas mucho últimamente.

—En eso tienes razón.

—Sí... Y parece que sigues en el mismo plan. ¿Vas a decirme de una vez qué es lo que pasa?

—No pasa nada —mentí, en ese momento no estaba para hablar en condiciones. ¿Cómo explicarle? Tenía que pensar y pensar...

—Y sigues mintiendo... ¿Hay otra, Samuel? —me observó mi cara de asombro, y me quedé a cuadros porque no esperaba esa pregunta de ella— Es que ya es lo único que se me ocurre pensar...

—Déjalo...

Fui a la cocina y cogí una lata de cerveza. Me senté en el balcón y me encendí un cigarrillo. Las cosas con ella cada vez estaban peor. Esto ya no tenía arreglo.

Y, además, Abigail... ¿me había dado esperanzas a lo nuestro?

Necesitaba pensar y necesitaba hacerlo solo.

Me bebí la cerveza y me fui, dejando a mi mujer sola. Me senté en un bar a beber más. Solo yo. Solo yo con la imagen de Abigail en mi mente.

Esa mente que ahora, más que nunca, tenía una decisión que tomar y que no podía esperar mucho más.

Ya daba igual el pasado, ahora solo quedaba actuar. Y dejar de ser un capullo y un cobarde.

Tenía una importante decisión que tomar.

¿O es que la había tomado ya?

Capítulo 17



—Levanté con la resaca del día anterior, después de beber solitariamente llegué a casa y me fui a dormir al sofá, no me apetecía meterme en la cama con Lucía, la situación era insostenible y además, la cosa estaba más que tensa.

—Me preparé un café y me dirigí al trabajo, resoplando, el agobio me estaba consumiendo, la mente la tenía ida y el corazón a mil.

—Buenos días. Deberías de coger unos días de descanso —dijo Adrián mirándome fijamente —No estás bien, debes de pensar las cosas y hacer lo que creas más conveniente.

—Lo sé, aprovecharé que ahora estamos tranquilo y el energúmeno en la cárcel para coger unos días de los que me quedan aún de los que se me deben, las vacaciones no quiero tocarlas por ahora...

—Pues hazlo, lo necesitas de verdad y debes poner en orden tus ideas, me da pena verte así.

—Mandaré un email ahora al departamento pertinente, me voy a pedir a partir de mañana, cogeré dos semanas, justo las que se me debe por las horas extras.

—Vale —dijo dándome un golpe afectivo en la espalda.

—Dicho y hecho, mandé el email y una hora después tenía la confirmación de ello.

—La mañana la pasé dejando todo listo para mi retirada de esos días, con la cabeza a mil por horas y con el corazón a mil por la decisión que tenía en mente.

—Iba a dejar a Lucía, no podía hacer otra cosa, sin dudas, no podía hacerlo, no iba a seguir jugando con ella y engañándola de esta forma tan despiadada, no se lo merecía, ni siquiera como la estaba tratando, me sentía

sucio.

—Me despedí de mis compis hasta dentro de dos semanas y me fui para casa, no sabía si sería el día pero estaba dispuesto a hablar con Lucía, esa persona que quería que me acompañara todos los días de mi vida hasta que conocí a Abigail.

—Llegue a casa serio y ahí estaba mi mujer en el sofá con una copa de vino, ese día no había trabajado, la comida no estaba hecha y ella miraba la tablet en la que estaba leyendo una novela.

—Hola —dije con semblante serio.

—Hola —dijo casi ignorándome sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Quieres que prepare algo de comer?

—No —dijo negando con la cabeza.

—Está bien, me daré una ducha entonces...

—Aja... —seguía sin levantar la mirada y actuando de forma fría.

—¿Te apetece que salgamos a hablar cuando me duche?

—No —seguía de forma fría.

—Tenemos que hablar, Lucía ...

—No obtuve respuesta, me serví una copa de vino, llené la bañera y me metí a relajarme un rato.

—¿Estaba haciendo bien? ¿Me estaba equivocando? ¿Estaba tirando mi vida por la borda? De nuevo me venía la imagen de Abigail a la cabeza y solo quería estar con ella, podía hasta oler su perfume, la tenía en la cabeza de forma que no me la podía quitar.

—Un rato después salí y ya ella no estaba, se había ido, la llamé al móvil y no lo cogía, le mandé un mensaje preguntándole si volvería a cenar y lo leyó pero no me contestó.

—No me lo iba a poner fácil, de todas formas no esperaba otra cosa, no merecía menos, pero tenía que hablar con ella.

—Salí de casa a pasear a la playa, necesitaba respirar aire puro, me fui a un bar y me pedí un vino, no tenía ganas de cenar, me quedé mirando al mar y entre al WhatsApp, vi que Abigail estaba conectada ¿Conectada? Ya no me tenía bloqueado, una sonrisa se escapó de mi cara.

—Me dieron ganas de escribirle pero iba a esperar a hacer lo que ella me había pedido, aparecer como un hombre libre, iba a respetar eso por encima de todo, no iba a jugar más ni con la una ni con la otra, aunque sabía que la peor parte se la llevaba mi mujer, esa que me amaba, me aguantaba, me respetaba, me quería y a la que ahora yo pensaba abandonar por otra.

—Estuve un largo rato y me fui hacia casa, esperaba que estuviera allí, le iba a decir que me iba, no sabía si sería capaz de contarle la verdad, pero estaba dispuesto a terminar con eso ese mismo día.

—Llegué a casa y no estaba, me quedé dormido en el sofá, por la mañana me levanté con el ruido de ella marchándose al trabajo, no me daba lugar a hablar con ella, estaba incluso pensando que ella estaba esquivando esa charla que intuía que se le venía encima y que sería el final de nuestra relación.

Capítulo 18



—Me tomé un café y me fui a pasear, mi hermano no paraba de llamarme, pero no tenía ganas de hablar con él, sabía lo que me iba a decir y quería actuar en todo momento por mí mismo.

—Le puse un mensaje y le dije que luego lo llamaba, que ahora necesitaba desconectar, ni me respondió al leerlo, entendía su rabia y dolor por ver que mi idílica vida se iba a la mierda.

—Pasé cerca de la clínica y me dieron ganas de entrar pero no quería volver a lo mismo, quería aparecer como le había prometido, al menos mentalmente, prometí llegar como un hombre libre y empezar una nueva vida junto a ella, la que ahora se había convertido en la mujer más importante.

—Anduve un rato y al final paré a desayunar en la Calle Larios, la más transcurrida y emblemática de la ciudad, estaba preciosa, con ese sol radiante, tan señorial y viva.

—Me senté en una terraza y le mandé un mensaje a Lucía diciéndole que me gustaría hablar con ella a la hora de la comida, que me dijera un sitio para vernos.

—Un rato después me llamó.

—Hola, Lucía —dije cabizbajo al coger la llamada.

—Te voy a hablar claro y alto, haz lo que te salga de los huevos, vete con ella, vete a la mierda, no quiero verte en casa, lo sé todo, no te voy a decir cómo lo averigüé, pero lo sé desde el principio...

—Lucía ...

—Te callas, hablo yo, te vas de casa ya, he intentado este tiempo fingir que no sabía nada y luchar por nuestro amor, no me fui a Londres, me fui a asegurarme que era todo cierto y te seguí, vi cómo viviste el fin de semana con

ella, lloré como una idiota, intenté creer que te iba a recuperar y vi cómo fingías que no la conocías en la fiesta. Te has cargado mi vida, nuestras vidas, solo espero que seas muy feliz, pues te van a hacer falta esas buenas vibras, espero que cuando vuelva a casa tengas la dignidad de no estar —colgó el teléfono.

—De piedra, lo sabía todo, había fingido todo este tiempo, me sentía un canalla, un cabrón en toda regla, haber causado ese daño todo este tiempo a la mujer que mejor me había tratado en esta vida, la que se había volcado en hacerme feliz y la que había estado a mi lado en todos los momentos más importantes.

—Dejé el desayuno de lado, solo tomé el café y me fui hacia casa, ya no tenía nada que hacer, ya no podía seguir fingiendo ni intentando contarle más de lo que sabía.

—Recogí mi ropa, mis objetos personales, todo, con lágrimas en los ojos, sabía que no había hecho nada bien, pero mi corazón pedía estar con Abigail y no podía frenarlo.

—Salí de mi casa antes de que llegara la que hasta ahora era mi mujer, me fui a casa de mis padres, al verme llegar me abrazaron, mi madre lloraba desconsolada, ya lo sabía todo, Lucía los había llamado y los había puesto al tanto de todo.

—Es una locura, hijo, pero aquí nos tienes —dijo mi madre abrazándome.

—Espero que esto no sea el error de tu vida —dijo Sergio dándome un abrazo y demostrando que, a pesar de todo, era mi hermano y ahí estaba.

—Tienes tu cuarto como siempre, intacto —dijo mi padre con tono triste, invitándome a llegar a él y dejar todo.

—Gracias a todos —dije sabiendo que ya no me iban a preguntar nada y a respetar el caos de la situación a la que yo había llevado mi vida.

—Mi hermano y padre me ayudaron a llevar las cosas, luego me dejaron

solo colocando todo y dándome el espacio que ellos sabían que yo necesitaba.

—Lloré desconsolado, en el fondo sabía que iba a echar mucho de menos a Lucía, sabía que era un egoísta, un tío que había perdido el valor de la lealtad, una persona que había arruinado la vida de otra, un hombre que dejó sus principios de lado el día que conoció de forma inesperada a otra mujer.

—Una mujer que se había convertido en la obsesión de mi vida.

Capítulo 19



Había pasado la primera noche en casa de mis padres, por la mañana me fui a desayunar a la calle después de haber tomado un café con mi madre, que no me reprochó nada, solo intentaba aconsejarme que no me precipitara en irme a los brazos de Abigail, que me tomara mi tiempo, que me quedara con ellos una temporada.

—Estaba en la terraza dándole vuelta a todo, tenía ganas de ir a por Abigail y decirle que ya era libre, pero tampoco quería hacerlo en ese día donde el dolor de haberle hecho tanto daño a Lucía ocupaba toda mi mente.

—Recibí una llamada desconocida.

—Hola —dije esperando averiguar quién era.

—Hola. Buenos días, soy el abogado de Lucía, quería hablar con usted, si fuera posible, para intentar un acuerdo de divorcio, como me transmitió la que es hasta ahora su mujer.

—Claro. Pero de todas formas, si quiere aligerarlo le digo ya qué es lo que quiero poner en él.

—Dígame...

—La casa para ella, los ahorros a medias ya que necesito para empezar, su coche es de ella y el mío para mí, pero la casa no quiero que la venda, que se la quede ella, no se merece menos.

—Me parece muy honorable por su parte, ella quería todo a la mitad.

—La casa para ella es la única condición que pongo, todo lo demás a medias.

—Vale, le llamaré cuando lo tenga redactado, no será más tarde de finales de semana.

—Gracias.

—Hablamos.

—Había sido rápida, en el fondo estaría deseando sacarme de su vida, era normal, me causaba daño pensarlo, pero ¿qué esperaba? Me había enamorado de Abigail, pero no podía dejar de querer a mi mujer.

—Pasé los días siguientes evitando escribir a Abigail, quería que todo se relajara.

—Los días fueron extraños, echaba de menos a Lucía, estaba loco por ver a Abigail, era todo tan extremo que me estaba poniendo al límite.

—Llegó el viernes y recibí la llamada del abogado, todo listo, el viernes a las doce firmaríamos el acuerdo en su despacho.

—A medio día aparecí por la clínica de Abigail, ramo de flores en mano, cuando me vio se puso las manos en la boca y afirmó con la cabeza, llorando, esperando a que le dijera que era libre.

—Afirmé con la cabeza y salió corriendo a mis brazos, llorando como una niña pequeña, con el corazón encogido y apretándome tan fuerte que parecía que me iba a reventar.

—Nos fuimos a comer al centro, ya no teníamos que escondernos, la llevé de la mano por todos lados, eso a ella le sacaba una sonrisa de felicidad enorme, ella no tenía culpa de nada, ella se enamoró sin saber mi situación, ella, como cualquier mujer cuando se enamora, solo quería que se le diera su lugar.

—Pasamos el día paseando, charlando, tomando copas, por la noche la dejé en su casa y quedamos en vernos al día siguiente.

—No hicimos nada, no quería hasta que el lunes tuviera eso firmado, se lo prometí a Abigail y lo iba a cumplir por muchos deseos de hacerla mía que tuviera.

—El sábado pasamos el día en la playa, el tiempo era veraniego, así que nos fuimos a un chiringuito y lo pasamos tumbados en una hamaca.

—Juguetona, divertida, sensual, aniñada, lo era todo, me hacía feliz, jugueteaba a la seducción con ella, pero de vez en cuando me venía el rostro de Lucía a la mente y me entristecía, era normal, era la mujer con la que había compartido muchos de los últimos años de mi vida.

—El domingo todo fue muy rápido, en el fondo tenía ganas de acabar ya con todo y ser libre, pero me costó dormir, por un lado me daba miedo a perder a Lucía para siempre, sabía que la quería, pero no la amaba, a la que amaba era a Abigail, esa que se había convertido en mi todo, la que me sacaba la sonrisa de la cara.

Capítulo 20



—Me desperté antes de lo normal, a las doce tenía la cita con el letrado y Lucía en el despacho de este.

—Desayuné en la Calle Larios, estaba triste, decaído, me sentía un desastre, un mal hombre, me sentía de lo peor...

—Llamé a Abigail, me sacaba esa sonrisa que necesitaba, mi bella chica, mi alegría, la causante de poner mi vida patas arriba. Quedamos en que la recogería para comer después de firmar.

—Hice tiempo por la calle, compré algo de ropa, además de comprarle un precioso anillo a Abigail, quería tener un detalle con ella a modo compromiso.

—Llegué al despacho del abogado, ahí estaba Lucía, preciosa e impecable, como siempre, se me cayó el alma al verla, ella ni me miró, tenía la mirada perdida en un cuadro, con su semblante serio y lleno de dolor.

—Hay un imprevisto y hay que añadir algo al acuerdo —dijo el abogado invitándome a sentarse.

—Dígame —dije sin sospechar la que me iba a caer encima.

—Lucía está esperando un hijo vuestro —por poco me desmayo al escuchar eso—. quiere que dejéis ya puesto el tema de las visitas, quiere tener la tutela completa.

—¿Lucía? —pregunté mirándola con lágrimas en los ojos.

—No quiere hablar con usted. ¿Está de acuerdo?

—¿Lucía? —volví a preguntar llorando.

—Por favor, vamos a seguir de forma amistosa y yo llevando la intermediación, no quiere ni pensión alimenticia por el bebé, solo quiere la custodia y que usted ponga las visitas, pero podrá llevárselo cuando quiera, no va a poner impedimento.

—Lucía, ¿es cierto? —pregunté llorando con un nudo en la garganta.

—Lo es —irrumpió el letrado—. Si está de acuerdo, puede firmar aquí.

—Estoy de acuerdo en todo, pero no voy a firmar nada sin antes tener una charla con ella, solo necesito hablar —dije con una pena que me arrebató el alma.

—No, no tenemos nada que hablar, si no quieres no tienes que hacerte cargo de ello, lo inscribo como madre soltera.

—¡No! Es mío también, pero quiero hablar contigo —en esos momentos empecé a dudar de la locura de mierda que había hecho.

—Me sentía un canalla, una mala persona, un asqueroso, un cabrón...

—No tenemos nada que hablar, te lo estoy poniendo fácil y acepto lo de la casa para que el bebé tenga un hogar, si no la hubiera vendido y para los dos, no quiero nada tuyo...

—Lucía, vamos a tener una charla a solas, por favor, hazlo por lo que viene en camino.

—Firma y déjame en paz...

—Lucía, no voy a firmar sin esa charla —dije sin dejar de llorar.

—Si no firmas por las buenas, firmarás en los tribunales por las malas, tú decides —dijo firmando y marchándose de allí.

—No voy a firmar —dije mirando al abogado—. necesito tener esa conversación con ella —me levanté para irme.

—Salí corriendo para pillarla pero ya la perdí de vista, no la veía por ningún lado, tenía ganas de chillar, de tirarme por un acantilado, de pegarme golpes, tenía ganas de todo menos de firmar, me estaba volviendo loco.

—Pasé todo el día llorando en una playa, montado en el coche, llamando a Lucía que tenía el teléfono apagado, a Abigail no le respondía las llamadas y mucho menos los mensajes.

—Iba a ser padre, iba a dejar sola en el embarazo a la mujer más buena

del mundo, de eso no había duda, a la mujer que me apoyó en lo bueno y en lo malo, a esa que le prometí el día que nos casamos en hacerlo yo también, pero no, no lo había cumplido y ahora era un miserable.

—Sufrí como nunca, lloré como un niño, mis padres estaban desconsolados, mi hermano estaba que se moría de la tristeza, todos estaban consolándome, pero a todos les había hecho un daño irreparable, un daño que íbamos a pagar desde el primero hasta el niño que estaba por nacer en una familia rota y llena de dolor.

Capítulo 21



—Todo fue diferente a como lo había planeado, dejé a Abigail al día siguiente, ni siquiera con los huevos de ir a hablar con ella, ya estaba haciendo todo mal, ya me daba igual hasta mi vida.

—La dejé por mensaje, explicándole lo sucedido y lo mierda que me sentía, que no podía tirar con esa relación, que no lo sentía ahora mismo y que estaba muerto en vida.

—No me contestó, me bloqueó directamente, imagino por el dolor que tuvo que pasar, pero ahora solo me importaba el daño que le había hecho a mi mujer, esa que estaba esperando un hijo mío, el que nacería sin unos padres unidos, ni siquiera donde reinaba la cordialidad, yo me lo había cargado todo.

—Lloré como un niño, pero me di cuenta de que Abigail solo fue un capricho, lloraba por mi mujer, por el hijo que estaba por llegar y por no poder hablar con ella, me tenía bloqueado por todas partes, no me atendía cuando me acercaba a ella a buscarla y no quería de mí más que la firma del divorcio.

—Caí en una absoluta ansiedad, lo estaba pasando mal, los días pasaban y el abogado me dijo que se agotaba el tiempo, que o firmaba ya o tenía que llevarlo a que un juez decidiera todo, que no me lo recomendaba ya que tenía la oportunidad de firmar y verlo cuando quisiera, sin fines de semana alternos y días con horarios, que ella en eso era flexible.

—No quería firmar, no quería acabar la historia más bonita que al final no valoré, por perder los calzoncillos por un capricho que no era más que eso, como les pasa a la mayoría de las parejas que acaban por estas cosas, al final no llegas a conocer una felicidad mejor de la que tenías, al final te sientes solo y vacío, sin tener esa vida plena que antes llevabas, con un hogar, un respeto y

un amor hacia la persona a la que un día le prometiste amor eterno.

—Me lo tenía merecido, de eso era consciente, pero quería aferrarme al mínimo clavo ardiendo que hubiera para conseguir que me perdonara, quería volver con ella, quería tenerla a mi lado, como siempre, sonriendo y dándome todo el cariño que ella solo sabía darme.

—Era viernes, los días pasaban volando, el abogado me llamó para advertirme que tenía de plazo para el acuerdo hasta el lunes, de lo contrario ya no había marcha atrás y las medidas las pondría un juez.

—Iba a ir a firmar, no me quedaba de otra, iba a pasar el fin de semana más triste de mi vida, lleno de dolor, ese que llevaba soportando todo este tiempo, pero no menor al que le causé a ella; en realidad a ellas. Abigail se había comido un pastel que no le pertenecía, de eso era consciente, pero yo quería a mi mujer, esa que sabía que ya no iba a recuperar jamás.

—El fin de semana fue duro, mis padres estaban tristes, yo lloraba desconsoladamente en la habitación y mi hermano pasó todo el fin de semana fuera, no sabía dónde exactamente pero se fue, normal, el clima en la casa era de velatorio, difícil de aguantar y de digerir.

Capítulo 22



—Café en mano y anduve hasta el despacho del abogado, ya tenía el convenio firmado por ella, solo faltaba ser firmado por mí.

—Ahí iba a acabar todo, sobre todo la esperanza, eso que es lo único que no se pierde, pero que, en mi caso y siendo realistas, ya estaban más que perdida.

—La secretaria me pasó al despacho y al entrar vi la cara del letrado algo rara.

—No he podido avisarte antes. Lucía dice que no quiere este acuerdo.

—Me lo temía, ahora me pediría la pensión alimenticia, pero por supuesto se la iba a dar, lo pusiera o no, a mi bebé no le iba a faltar de nada, nunca.

—Imagino que quiere la pensión alimenticia.

—Quiere esa conversación contigo... Quiere que os llevéis bien por el bien del hijo que vais a tener en común.

—Me puse a llorar, aunque no la recuperara, al menos podría tenerla más de cerca, quizás ayudarla con todo, con el embarazo y estar con ella en esos momentos.

—La tendré...

—Ya me contáis entonces —sonrió.

—Gracias. Por supuesto —dije levantándome y despidiéndome con la mano.

—La llamé nada más salir...

—Hola, Samuel...

—Hola, Lucía. Gracias por aceptar la conversación.

—Se lo debemos a la persona que viene y no tiene culpa de nada.

—Sí. ¿Cuándo te apetece?

—Cuando quieras, no estoy trabajando en estos días, me cogí ya las vacaciones.

—¿Te apetece mañana que comamos juntos?

—Vale.

—¿Te recojo a la una?

—Claro. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, Lucía.

—Mis padres se alegraron, al menos que la calma reinara en esos momentos en el que el desastre había interrumpido inesperadamente nuestras calmadas vidas.

—Esa noche apenas pude dormir, me imaginaba a Lucía con la tripita creciendo e incluso imaginaba, a veces, a una niña correteando o a un niño con el balón de fútbol, las lágrimas no me daban tregua, estaba lleno de dolor, de rencor y de odio hacia mí mismo; no era justo lo que había hecho, la vida me iba a hacer pagar el peor peaje, ese que, sin dudas, me merecía.

—Por la mañana desayuné con mi madre, ella respetaba mucho mi silencio y yo tenía un hormigueo en el estómago al saber que iba a ver a la mujer más bonita del mundo, esa que un día fue mía incondicionalmente, esa que iba a ser la madre mi bebé.

—La recogí a la hora pactada, estaba preciosa, con un traje blanco de tirantes, por la rodilla, con su cuerpo escultural, ese que aún no dejaba entrever su estado.

—Hola, Samuel —dijo montándose en el coche.

—Hola, Lucía. Estás preciosa.

—Gracias —puso los ojos en blanco.

—Conduje hasta su restaurante favorito, donde nos sentamos en la terraza frente al mar, el día era un espectáculo para la vista.

—Antes que nada, te pido de corazón perdón, fui un canalla, un cabrón, la

peor persona del mundo, me merezco lo peor del mundo, pero quiero que sepas que estaré para lo que necesites.

—Me alegra saberlo. A pesar del dolor y la decepción, te deseo que seas muy feliz en tu nueva etapa junto a ella.

—Lucía...

—Te lo digo en serio —dijo tocando mi mano por encima de la mesa y mirándome llena de ternura, volviendo a ser esa mujer que me enamoró un día.

—No estoy con ella...

—¿Y eso?

—No era más que un capricho y la vida me dio una hostia, a la que amé siempre y sigo amando es a ti. Aunque te haya perdido, no quiero estar con nadie, pero sí quiero estar a tu lado durante el embarazo, acompañándote en lo que necesites y disfrutar de esa preciosidad que está por venir.

—Las lágrimas comenzaron a salirle a borbotones.

—Gracias... —dijo casi sin fuerzas.

—No debes de dárme las —esta vez fui yo quién le cogió la mano—. pídemelo lo que quieras, yo te lo firmaré —dije derramando las primeras lágrimas.

—Ahora no podemos llorar los dos —comenzó a reír entre llanto.

—Bueno, así nos desahogamos —puse los ojos en blanco.

—No vamos a firmar nada, más que nada porque confío en ti, yo me quedaré en la casa con el bebé pero es de los dos, será para nuestro hijo el día de mañana y sé que tú le comprarás lo que haga falta al igual que yo. Por lo demás, te llevas la mitad de lo que hay en la cuenta y yo igual. Más adelante, cuando nazca y veamos oportuno y más en frío, entonces lo firmamos.

—Me parece genial —dije con la esperanza de que hubiera una mínima posibilidad de que algún día pudiéramos unir a esa familia que un día yo destruí.

—Pasamos la tarde paseando, quedando en volver a comer un día de esos, o en tomar un café y acompañarla en todas las visitas médicas que tuviera que realizar.

Epílogo



—Un mes tenía ya nuestra pequeña Lucía, no acepté un no a ponerle ese nombre, convencí de mil maneras a mi mujer, esa que me había perdonado todo y me había dejado volver a su lado.

—Sin reproches, con el mismo cariño de siempre, con su misma sonrisa y con su amor, con su esencia, aquella que abandoné un día de la forma más cruel del mundo.

—Era feliz, la llegada de nuestra hija nos tenía sumidos en una felicidad constante, nos había unido el amor que sentíamos el uno por el otro, pero nos había llenado del todo esa preciosidad que hoy en día era el amor de nuestras vidas.

—No volví a cruzarme con Abigail, aunque lo hiciera y no se lo mereciera, no volvería a mirarla, ni a ella ni a ninguna otra mujer, ya tenía la lección bien aprendida, ya había entendido que un capricho nos puede llegar a todos, pero yo fui un tonto y un canalla al no darme cuenta de todo el daño que ocasionaría a mi alrededor, incluido a mí mismo.

—Había algo que no me perdonaba, el que mi mujer se hubiera enterado de su estado sola, en el peor y más doloroso momento de su vida, eso me seguía matando por dentro, pero yo hacía de todo por hacerla feliz. Nada iba a borrar el daño que le había hecho, pero de algo estaba seguro, de que la iba a cuidar y amar todos los días de mi vida....

—Porque la amaba, porque no podía ni quería querer a ninguna otra mujer.